
NIKLAS LUHMANN
Introducción a la teoría de sistemas
(México, Universidad Iberoamericana, 1996)

Sistemas sociales
(Barcelona, Anthropos/Universidad Iberoamericana, 1997)

Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia
(Madrid, Editorial Trotta, 1998. Edición y traducción a cargo
de Josetxo BERIAIN y José María GARCÍA BLANCO)

Luhmann es, sin duda, uno de los teóricos de la sociedad más relevantes del último cuarto del siglo XX. Su viaje hacia la teoría sociológica, a partir de la ciencia de la Administración Pública, de la mano del funcionalismo de Parsons, le ha llevado hasta el desarrollo de una teoría de sistemas aplicada a la realidad social, en la cual la definición del objeto de estudio y la depuración de la propia disciplina sociológica forman la cara y cruz de un único —necesariamente único— proceso de maduración teórica. La teoría de sistemas de Luh-

mann trata de asimilar la tradición sociológica y la filosofía del conocimiento, aglutinándolas en un enfoque próximo al impulsado por la biología, la psicología y la informática contemporáneas. En ese enfoque, son básicas nociones tales como las de diferenciación funcional, «autopoiesis» y observación de segunda. Quizá el arco de bóveda de todas estas nociones sea un concepto de comunicación entendido no al modo clásico de relación entre sujetos, sino en un sentido más complejo que hace de esa misma comunicación un

sistema articulado en torno a tres funciones de información, participación y comprensión. Es tal ataque permanente de Luhmann al reino de la intersubjetividad el que le ha granjeado la crítica de su oponente, Habermas, a partir nada menos que del año 1973, cuando ambos cruzaron sus argumentos en el ya consagrado texto *¿Teoría de la sociedad o tecnología social?* Desde entonces ha llovido mucho y tanto las posturas «tecnológicas» —como la adoptada por Luhmann— cuanto las posturas «críticas» —como la propiciada por Habermas— han venido manteniendo un diálogo muy fructífero que enriquece la teoría de la sociedad, haciendo de la sociología de orientación moral algo mucho más realista y, a la inversa, dotando a la sociología de orientación científica de un marco valorativo convincente.

La obra de Luhmann no destaca por su sencillez temática ni por su diafanidad formal. Antes al contrario, la prosa del autor desbroza la selva conceptual por la que se adentra con rigor y documentación, por supuesto, pero, al mismo tiempo, con poco amor por las ilustraciones ejemplares, el espíritu de divulgación o la anticipación de esquemas argumentales. Cualquier libro de Luhmann no contiene «pista» alguna en forma de epígrafes o subepígrafes, ni mucho menos gráficos, cuadros o corolarios fácilmente identificables. Leer a Luhmann es viajar con él de principio a fin, sin atajos ni elipsis. Por ello no es infrecuente que su vasta producción esté acompañada, en cada una de las grandes comunidades lingüísticas, de una no menos considerable cantidad de literatura secundaria.

En el ámbito hispanoparlante la situación ha sido, hasta muy reciente-

mente, peculiar, dado que los trabajos sobre Luhmann casi eran superiores a las traducciones al español de los títulos clave del autor*. Hoy, por fortuna, la práctica totalidad del trabajo luhmanniano está vertida al español, comenzando por su obra cumbre, *Sistemas sociales*, traída a colación en esta reseña. El estudio recoge lo más maduro de las propuestas del autor, en particular lo relativo a la sociedad concebida como suma de sistemas «interpenetrados», autotransformadores y en permanente estado de autoobservación. Se trata de un trabajo (aparecido originalmente en 1984) voluminoso y compendiador de toda una vida y obra. Un auténtico legado.

Otro de los libros aquí recogidos —*Introducción a la teoría de sistemas*— constituye la transcripción literal de uno de los últimos cursos (el de 1992) dictados por Luhmann en la Universidad de Bielefeld antes de pasar a ser profesor emérito. Menos prolijo e internamente imbricado que *Sistemas sociales*, las sucesivas lecciones de que consta

* De toda la literatura secundaria en español sobre Luhmann destacaría, por orden cronológico: Ignacio IZUZQUIZA, *La sociedad sin hombres. Niklas Luhmann o la teoría como escándalo*, Barcelona, Anthropos, 1990; José ALMARAZ, «Niklas Luhmann: antes de la auto-poiesis», en A. Pérez-Agote e I. Sánchez de la Yncera (comps.), *Complejidad y teoría social*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1996; Josexo Beriaín (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos, 1996; *Anthropos*, núms. 173-174: «Niklas Luhmann. Hacia una teoría científica de la sociedad», julio-octubre 1997 (volumen monográfico, con muy variadas colaboraciones), y, finalmente, el excelente trabajo de José María GARCÍA BLANCO, «Por fin, Luhmann», aparecido en *Revista de Libros*, núm. 11, noviembre 1997.

el ensayo poseen la virtud de aunar hondura doctrinal y carácter pedagógico, erigiéndose en texto introductorio «auténtico» por antonomasia. De la multiplicidad de temas abordados yo destacaría el postrero, referido a la necesaria superación de la antinomia inmemorial que divide a las sociologías «empírica» y «crítica». Según Luhmann, la sociología no debe ser mera cronista de «las cosas» ni, a la inversa, denunciadora de magos o conspiradores ocultos supuestamente «detrás de las cosas». Más allá de ambos extremos, debe ser capaz de encarnar ella misma la condición de subsistema científico que, al observarse a sí mismo discursivamente, clarifica y clasifica a la realidad.

La teoría de Luhmann despierta entusiasmo y rechazo a partes iguales. Tachado por unos de mero epígono del ingenio cientcismo positivista, ensalzado por otros como único autor contemporáneo capaz de hacer de la sociología una real ciencia de la sociedad, la enorme obra del teórico requiere un análisis sereno y pormenorizado. Y a ello contribuye, verdaderamente, la compilación que lleva por título *Complejidad y modernidad*.

Los dos responsables de la misma, Josetxo Beriain y José María García Blanco —jóvenes y ya sólidos profesores ambos, el primero de la Universidad Pública de Navarra y el segundo de la de Oviedo—, han seleccionado con acierto diversos textos del autor, haciéndolos pivotar en torno a tres grandes ejes temáticos: el concepto (tecnocomunicativo) de sociedad; el cúmulo de procesos de diferenciación que denominamos globalmente modernidad, y, por último, la esencia y funciones de la sociología.

Clara y concisamente presentado por los compiladores, el abanico de preguntas abiertas y senderos trazados por Luhmann adquiere en el presente volumen un sobrio tono de compendio. Con el natural entusiasmo de todo autor, Beriain y García Blanco afirman en el prólogo que «este libro exige una lectura paciente (...) pero el esfuerzo reclamado podemos asegurar que no será baldío». Para este reseñador no lo ha sido, desde luego, por lo que me permito felicitar a los compiladores y a la Editorial Trotta por su valiente y eficaz iniciativa.

José Enrique RODRÍGUEZ IBÁÑEZ

LLUIS FLAQUER

El destino de la familia

(Barcelona, Ariel, 1998)

DAVID S. REHER

La familia en España. Pasado y presente

(Madrid, Alianza Editorial, 1996)

La familia como institución resiste los cambios sociales, económicos e ideológicos de este final del siglo XX.

Los reaccionarios, ya sea en su versión de agoreros del futuro o de nostálgicos del pasado, llevan pronosticando

cando en sucesivas versiones sociológicas, religiosas o morales la desaparición de la familia y el advenimiento de otras formas de organización social, nunca tan buenas ni deseables como ésta. Pues bien, ni la familia desaparece ni la institución tradicional era tan buena o conveniente como ellos querrían. Es más, lo que vamos constatando con el tiempo, y más agudamente en estas últimas décadas de cambios sociales acelerados, es que la familia es una institución con una capacidad de adaptación y de transformación impresionante. Dos obras publicadas recientemente sobre la familia española vienen a constatarlo. Después de la mirada histórica que echa sobre la familia española el estudio de Reher y la penetrante mirada a su alrededor que supone el ensayo sociológico de Flaquer, podemos asegurar la importancia y la estabilidad que, como institución, sigue teniendo la familia en nuestra sociedad.

En conjunto, se trata de dos obras importantes e innovadoras que ofrecen una reflexión sociológica sobre la familia. Su publicación supone un inicio interesante a un debate social de las cuestiones relativas a la familia. Durante años apenas ha existido este debate, no se ha considerado la familia como un tema de interés social o político, apenas nadie ha hablado de la institución familiar salvo desde una perspectiva psicológica o religiosa. La dictadura franquista hizo de la familia uno de sus símbolos preferidos, con lo cual puso en su contra a buena parte de la *intelligentsia*, y a ello se añadió el varapalo que la antipsiquiatría y el movimiento feminista dieron a la ins-

titución familiar en los años sesenta y setenta. Como resultado de todo ello, los políticos españoles sacaron el término familia de sus discursos y casi de sus programas. Con la publicación de este tipo de estudios se sientan las bases de un debate social y científico acerca de los cambios tan importantes ocurridos en la institución familiar en la sociedad española en las últimas décadas.

Estas dos obras explican cómo, poco a poco, la familia ha ido perdiendo funciones patrimoniales y sociales. El padre de familia va perdiendo importancia y autoridad con el creciente aumento del Estado y de sus instituciones, que intervienen cada vez más en todos los procesos de la vida del individuo, desde el nacimiento hasta la muerte. La familia no desaparece, pero deja de ser la reguladora central que fue antaño de todos estos procesos. Las nuevas formas de trabajo, aumentando fuertemente la proporción de la salarización y, con ello, de la separación entre vivienda y lugar de trabajo, están en la base de ciertos cambios que, a primera vista, sólo parecen fruto del avance del individualismo y de la libertad, como la creciente independencia personal en la elección del cónyuge. Tanto una obra como otra insisten en que la importancia creciente de los factores de afinidad y preferencia personal para elegir el cónyuge están relacionados con los cambios socioeconómicos y las nuevas formas de trabajo, la separación del lugar del trabajo y de la vivienda, el aumento del trabajo por cuenta ajena y la pérdida relativa de importancia del patrimonio familiar como base del sustento del grupo

doméstico. El aumento en importancia del mercado, como regulador de las oportunidades de trabajo y de consumo de bienes y servicios, sienta las bases del individualismo que va impregnando la sociedad y que se refleja también en las formas de constituir las alianzas matrimoniales.

Ambas obras, pero más claramente la de Flaquer, reconocen la importancia del Movimiento Feminista como factor político e ideológico que influye en la evolución de la familia en los finales del siglo XX. Bien es verdad que el movimiento feminista denunció la opresión de la mujer y arremetió contra el patriarcado cuando la evolución económica ya había sentado las bases de una cierta emancipación femenina y cuando la evolución política y la aparición del Estado del bienestar había debilitado enormemente la autoridad del *pater familias* y su función mediadora de las relaciones entre individuo, familia y sociedad. Son las feministas las que denuncian lo que, inicialmente, se consideró una conquista de las mujeres de clase media, la dedicación en exclusiva a la familia y la apropiación femenina del espacio doméstico y privado. Los alegatos de Friedam contra «la mística de la feminidad» sonaron inicialmente sarcásticos para las mujeres de las clases trabajadoras que recién estaban llegando al *status* de «ama de casa». Pero el mensaje pionero de las feministas triunfa en su denuncia de esta trampa, dorada para unas pocas, a través de la cual las mujeres van a encontrarse aisladas de la sociedad y doblemente atadas y dependientes de sus maridos.

La obra de Flaquer, profesor de Sociología en la Universidad Autónoma de Barcelona, es un ensayo brillante y cuidadosamente escrito, pero, más allá de admirar el esmero de la presentación formal y la armonía en el orden de los temas que va introduciendo, me interesa destacar lo ambicioso de su proyecto en cuanto que aspira a entender los procesos de cambio familiar ocurridos en la sociedad española de este final de siglo. Quiere medir hasta qué punto son centrales en este proceso la transformación de las relaciones de género y de las categorías de edad, así como las relaciones sociales y económicas que se articulan entre el Estado, el mercado y los hogares, en la España actual.

El estudio de la familia es, para Flaquer, un asunto central y necesario «para entender el conjunto de la estructura social». Nunca analiza la familia como una institución aislada con respecto a otros procesos sociales y pretende comprenderla en conexión con las relaciones de poder y de conflicto que se producen en nuestra sociedad. Y así vincula las explicaciones de la evolución familiar con los procesos de cambio global de nuestra sociedad, identificando los aspectos familiares como algunos de los más significativos de éstos. A la hora de entender la evolución de la familia no hay una sola causa, sino una diversidad de razones. La explicación de los cambios familiares que domina la obra de Flaquer es la de la «complejidad de los factores causantes de la transformación en curso», la multiplicidad de factores que son concomitantes en su proceso de

cambio y transformación de los modos de vida que involucran en profundidad a la familia como institución (p. 187).

Uno de los temas que plantea con mayor interés es el de la emergencia de la juventud como grupo social antes inexistente. Los jóvenes, como categoría social, aumentan constantemente en su importancia numérica y también en su reconocimiento social. La educación general y obligatoria ha creado la juventud como categoría social que no cesa de extenderse porque se incorporan a ella miembros de todas las clases sociales y porque como etapa vital cada vez se prolonga más en el tiempo. Esa emergencia de la juventud como etapa importante y, a la vez, dependiente tiene, al menos en nuestra sociedad, una importancia creciente y tiene mucho que ver con la evolución actual de la familia. Este tema de la juventud enlaza con el del declive de la autoridad del padre, que va en paralelo al aumento de las competencias de la Administración en materia de infancia, y le preocupa en cuanto que el proceso conduce a erosionar la responsabilidad de los padres. Ahora bien, hay que tener en cuenta cuál es la ley y cómo la explica y justifica el legislador. Sólo recientemente han comenzado las Administraciones públicas a inmiscuirse en los asuntos internos de la familia en los casos en que la seguridad física, psíquica y la supervivencia de los menores estuviera amenazada. Supone un cambio histórico muy radical porque la tradición del legislador español, y lo mismo ocurría en el resto de los europeos, era la de que el poder público no entraba en temas internos de la familia por dos razones: una, por

considerar que la familia era un asunto de índole privado, y otra, porque el Estado no podía contrariar la autoridad natural que en ella existía, que era la del padre y esposo.

El autor critica estos cambios en razón al deterioro de la *patria potestad*. «A mi juicio, la tutela permanente del Estado sobre los menores en tantos campos de actividad tiene por resultado un debilitamiento de la autoridad de los padres» (p. 191). Felizmente, diría yo. ¿O es que el autor está defendiendo la vuelta a la *patria potestad* masculina y a la ejemplaridad de los castigos físicos, que, no hace tanto, suponían un terreno en el que los padres no tenían que dar cuentas a nadie? Porque una cosa es la posible defensa pública de los derechos de los menores, unida, indudablemente, al debilitamiento de la autoridad del padre, y otra cosa las consecuencias psicológicas que este debilitamiento pueda tener en la percepción del yo de los varones que se han socializado en la identificación de masculinidad y poder. Es en este terreno de la percepción masculina de debilidad de poder en el que aparece una cierta nostalgia de otras formas familiares del pasado.

El libro de Reher está presidido por una visión histórica profunda a la vez que poco determinista. Cuando echa mano de la historia para representar relaciones familiares en tiempos pasados, igual vamos a encontrar relatos de familias unidas ante la adversidad que ejemplos literarios de individuos desarraigados que tienen que hacer frente a la vida como el *lazarillo de Tormes*, cuyos infortunios parecen comenzar con el abandono de su

madre, dedicada a la prostitución. Como la de Flaquer, también esta obra se propone llegar a conocer y entender «la complejidad de las formas familiares así como sus variaciones a lo largo del tiempo». Me parece especialmente interesante la conceptualización inicial que hace de lo que es la familia. La examina como una institución que tiene una doble función y, por lo tanto, la ve siempre desde una doble perspectiva: como «institución destinada a defender, proteger y asegurar lo mejor posible la supervivencia y bienestar de sus miembros» y, por otra parte, como «la institución garante de la reproducción social, económica y demográfica de la sociedad» (p. 23). Va a ser en esta última función, que se mantiene constante, donde podremos advertir las enormes transformaciones en las que, finalmente, han desembocado las diferentes formas familiares que han existido en España.

Se trata de un trabajo profundo sobre un período muy amplio, que comienza en las épocas en las que se empieza a encontrar fuentes (el siglo XVII) y desarrolla su análisis hasta la segunda mitad del siglo XX. Quizás uno de los aspectos más interesantes de esta obra es que analiza la relación entre las formas de propiedad, los orígenes de ésta, las normas hereditarias y las diferencias entre las clases sociales para explicar las estrategias matrimoniales en las diferentes épocas y en las diferentes regiones españolas. Describe las redes familiares que se reflejan en la cercanía de las viviendas y la colaboración entre parientes, redes que se explican tanto en términos de solidaridad como de necesidad o

imposición económica según los lugares, las épocas y las diferentes clases sociales.

Reher explica la regionalización de las estructuras de hogar en España por los rasgos más persistentes que se mantienen a través de su evolución histórica. Tomando ejemplos de numerosos estudios previos, defiende su hipótesis de relacionar las pautas hereditarias con unas y otras formas de convivencia familiar. «En aquellas zonas en donde predominaban las prácticas de herencia divisible, el matrimonio implicaba más o menos directamente la formación de un hogar, los hogares tendían a ser poco numerosos y estaban primordialmente compuestos por la familia conyugal. Donde la herencia era más o menos indivisible, y siempre que hubiera un heredero claramente favorecido frente a sus hermanos, un número relativamente alto de hogares tenían parientes corresidentes por razones de sucesión» (p. 67). Esta aproximación la relativiza en tanto en cuanto las pautas hereditarias unipersonales y no igualitarias afectan a una minoría de familias propietarias, por lo que incluso en estos lugares siempre son moderados los porcentajes de hogares complejos. El mismo autor señala que, incluso donde hay familia troncal, ésta nunca afecta a más de un 30 por 100 de la población, es decir, la minoría de población con un cierto nivel de propiedad. Las pautas de herencia preferencial se utilizan para mantener el patrimonio unido, pero sobre todo para asegurar la coresidencia y la atención a los padres en la vejez. Los padres *mejoran* al hijo que los cuida o *mejoran* a uno de sus hijos

con esa condición. Al heredero se le impone la obligación de vivir con los padres, a la vez que este hijo se responsabiliza de educar y alimentar a los hermanos sin herencia.

Uno de los temas en los que se detiene es en la vulnerabilidad de los hogares familiares y los riesgos de pobreza en una sociedad y unas épocas en las que no existían mecanismos generales de seguridad y asistencia pública. Los que mayores riesgos tenían de caer en la indigencia, en caso de infortunio, eran los individuos más dependientes económicamente, los niños, los viejos y las mujeres. Es interesante como muestra que la idea de pobreza asociada al género femenino no es una novedad del siglo XX. La diferencia es que ahora se denuncia y se trata de paliar, pero la mayor precariedad de las mujeres es una constante histórica derivada de las limitaciones socialmente impuestas a su dedicación laboral. El que las mujeres sólo pudieran aspirar a los peores trabajos y a los salarios más bajos no es un rasgo de la sociedad actual, sino más bien una rémora de un pasado en el que las condiciones de discriminación eran aún mucho más fuertes. Teniendo en cuenta que su actividad laboral tenía como consecuencia una pérdida enorme de energías para el trabajo doméstico, a las familias les compensaba más el trabajo de los niños que el trabajo femenino asalariado, y sólo se recurría a éste en caso de extrema necesidad. La verdadera aportación de las mujeres era el trabajo desempeñado en el hogar, absolutamente fundamental en estas economías poco desarrolladas en cuanto a comerciali-

zación de bienes y servicios. Los trabajos básicos del hogar requerían una enorme cantidad de tiempo y de energías en unas épocas en las que la mayoría de la población no tenía acceso a los elementos básicos del confort: la luz eléctrica, las cocinas de gas, la estufas o radiadores de calefacción, el agua corriente y los servicios higiénicos. Además de estar muy poco avanzada la comercialización de los productos básicos de alimentación y vestido. También en este estudio se muestra cómo la familia ha sido históricamente la institución de amparo de los ancianos y cómo sólo ahora, a finales del siglo XX, se están generalizando entre nosotros los sistemas de seguridad social que van dando una alternativa al cuidado familiar de los mayores. Esto estaba estrechamente relacionado con la fecundidad, pues los hijos eran una garantía necesaria de protección en la vejez y el tenerlos era una forma de previsión ineludible. Sólo muy recientemente, los hijos han pasado a ser una cuestión de deseo, no una necesidad para la supervivencia.

Tanto Flaquer como Reher sienten un cierto vacío tras evaluar los cambios acaecidos, como si no fueran inmunes del todo a las llamadas al miedo y la nostalgia que nos hacen periódicamente los representantes más conservadores de nuestra sociedad. Mientras que Flaquer señalaba el miedo al vacío ante la potencial pérdida de la figura del padre, Reher no puede evitar un reflejo de temor ante las potenciales consecuencias de que «la función desempeñada por la familia en el proceso de educación y socialización del niño ha disminuido

tanto en alcance como en calidad». A mí me gustaría saber a qué educación y a qué familia se refiere. Querría saber si está pensando en un hogar familiar idealizado, supongámoslo en el entorno doméstico, acogedor y atractivo pintado por Larsson en la Suecia de principios de siglo, en el que la madre pasa las horas agradablemente dibujando o leyendo cuentos a sus hijos, a los que con un cierto confort y ayuda doméstica va a dar una sabrosa cena que también compartirá el padre, recién llegado de su trabajo. O querría saber si está pensando en aquellos cuchitriles inmundos retratados por Dickens en los que la madre de cinco o seis criaturas no da abasto ni para peinarlos ni para lavarlos, ni tiene apenas energías para darles rápidamente una sopa fría, pues hay poco carbón y sólo enciende el fogón una vez al día, y pretende a la luz de unas velas meterlos en una cama común a todos ellos antes de que venga el padre, medio borracho y agresivo, repartiendo golpes y palabrotas sobre todos ellos. ¿Qué socialización hay en cada caso? No creo que denostando mecánicamente la televisión y el nivel de consumo actual entendamos mejor los procesos de socialización que se dan en los actuales hogares familiares, en los que, al menos si no han habido otros cambios, han aumentado y se han homogeneizado enormemente las oportunidades de confort, cultura, entretenimiento y alimentación.

En cuanto a la pérdida de importancia de la autoridad paterna, es interesante contrastar este interés desde la perspectiva de las mujeres que nunca han tenido —legalmente,

hasta *antes de ayer*— autoridad sobre los hijos, sin que eso les haya llevado a plantearse la maternidad como algo carente de sentido. Ha de ser, entonces, el sentido de pérdida lo que agobia a los varones en Occidente, pues es difícil creer que tenga sentido la paternidad sólo si va unida al poder sobre el hijo, y carezca de sentido si esta autoridad se reduce o se comparte. «Pero entonces, ¿qué significado tiene la paternidad hoy en día? Mientras que la reciente revolución en el derecho de familia ha propiciado socavar los cimientos de la paternidad, en cambio, las bases de la maternidad no se han visto alteradas. Continúa asociada al cariño y a la ternura. Por el contrario, cada vez resulta más difícil aceptar que la paternidad siga estando aliada con el orden y con la autoridad cuando se hallan ausentes los instrumentos jurídicos que le servían antes de apoyatura... Cabe preguntarnos: ¿sigue teniendo la paternidad un lugar en nuestro mundo finisecular? ¿Habrá que reconstruir el concepto o bien simplemente tirarlo por la borda?» (Flaquer, p. 113). En estas reflexiones parece sentirse el pánico ante la autoridad compartida. ¿Es que si los hombres no mandan no se sienten padres? Parece un tanto sorprendente, pero muy revelador de la cultura actual, ese pasmo, esa desorientación masculina que se produce ante la pérdida de privilegios. Es la queja de los que se preguntan si acaso es justo que ellos estén perdiendo privilegios mientras que a las mujeres les ha llegado el tiempo de ganar derechos. Postura un tanto discutible que más parece la de los que consideraban la situación anterior legítima, y sus

privilegios naturales, y que ahora sienten una sensación de desposesión y una cierta inseguridad ante el equilibrio entre los géneros.

Dejando aparte estas diferencias de criterio que tengo en algunos temas con los autores, me interesa resaltar el valor de estos trabajos por la riqueza de su documentación, la profundi-

dad de sus análisis y la brillantez de sus argumentos, además de la oportunidad de ofrecer una reflexión acerca de la familia, que es una de las instituciones a la vez más importantes y más cambiantes en este final de siglo.

Inés ALBERDI

RONALD G. EHRENBERG (ed.)

The American University: National Treasure or Endangered Species?

(Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1997)

La educación universitaria es cada vez más importante en el mundo contemporáneo¹. En el mercado laboral la exigencia por tener un título universitario (de licenciado/a e incluso de doctorado/a) es cada vez mayor. En el mundo empresarial apenas quedan ya directivos sin estudios que se hayan hecho a sí mismos; los puestos ejecutivos están ocupados por personas con títulos de licenciatura y, sobre todo, con másteres en el extranjero. El éxito (lo que de forma intuitiva se traduce como salario elevado en una empresa sólida, puesto de responsabilidad, casa propia, familia, estudios de calidad para los hijos/as y una segunda vivienda) depende cada vez más de la educación formal universitaria.

Durante el siglo XX, la universidad

estadounidense se considera como el sistema de educación superior más exitoso en el mundo. Es preciso conocer las características de ese sistema universitario para entender sus cualidades. Si hubiese que aislar el factor más importante, diríamos que es la integración en una misma institución —y personas— de docencia e investigación. Ninguna otra característica introduce mayores diferencias de calidad en esas instituciones. La organización fundamental de la educación superior no se denomina universidad, sino «universidad-investigadora». Una universidad de calidad realiza investigación como parte de sus funciones y objetivos, equilibrando docencia e investigación. Lo distintivo es que son las mismas personas quienes realizan las dos labores, y no existe una separación entre docencia e investigación. Esto se aplica tanto al profesorado como al estudiantado, y a todos los niveles. No se trata de que la investigación se reserve

¹ Agradezco algunas ideas de Emilio J. Castilla, desde Stanford University, y de Bernabé Sarabia y José M. Echavarren, ambos en la Universidad Pública de Navarra.

únicamente para el tercer ciclo (doctorado y másteres), sino que es parte del primer y segundo ciclos también (diplomatura y licenciatura). La sinergia entre investigación y docencia multiplica la productividad en ambos campos. Ésta es la característica dominante de las mejores universidades del mundo. La combinación de docencia y de investigación se aplica, pues, a una misma organización y a las mismas personas. Ambas se refieren a un proceso igual, que es del conocimiento. La construcción de instituciones, edificios o puestos de trabajo diferentes para docencia y para investigación es poco aconsejable. La sinergia docencia-investigación se basa precisamente en que sean las mismas personas las que realizan ambas tareas. Si no, la universidad logra una contribución muy pequeña a la ciencia y al avance del conocimiento.

La investigación es una forma de enseñarse a uno mismo/a. La combinación docencia/investigación es difícil de llevar a cabo en contextos en que una proporción alta de profesores (bastantes de ellos/as con doctorado) nunca han investigado realmente. La vocación investigadora e intelectual se aprende a través de otras personas. Se produce mágicamente en el contacto de un estudiante/a con un profesor/a ilusionado, iluminado, excitado por la investigación y los descubrimientos. En el reino de la ciencia, el autoaprendizaje es un proceso inusual. Es imposible predecir en qué universidad y en qué campos concretos se van a producir avances o descubrimientos importantes. La ciencia es un proceso en marcha que produce descubrimientos

e innovaciones con frecuencia, pero no siempre predecibles. Pero es en las universidades investigadoras donde se produce la mayor parte de esos descubrimientos. En ese sentido, la frase de que «la ciencia no es simplemente acerca del futuro, *es* el futuro» (Lane, 1997: 133)² adquiere sentido.

Así, las universidades norteamericanas (sobre todo las estadounidenses) y unas pocas europeas forman a la mayor parte de los profesores e investigadores de calidad del mundo entero. No son universidades de un país concreto, sino del mundo. ¿A qué se dedican el resto de las universidades, sobre todo las que no son centrales? Tratan de repetir experimentos y de comprobar teorías e hipótesis. Funcionan, además, como un sistema de selección de estudiantes/as para enviarlos a estudiar fuera (a las universidades centrales); para realizar el doctorado, avanzar en la carrera investigadora o para un trabajo postdoctoral. Las universidades no centrales conforman un sistema de repetición de las ideas o descubrimientos de las universidades centrales dominantes. Quizá debido a su posición marginal, tienen la oportunidad de realizar algunos descubrimientos innovadores, que contradicen las ideas dominantes y que terminan en una verdadera revolución científica. Pero sigue sin estar claro el papel que cumplen las universidades periféricas. Quizá un objetivo preferente sería precisamente el debatir ese rol.

² La idea se desarrolla mejor en el capítulo sobre «Prospect for science and technology» en el libro editado por Ronald G. Ehrenberg (1997).

Pero el papel de la universidad-investigadora supone dedicarse a algo más que a docencia e investigación. La universidad de calidad alcanza el mundo externo, se incardina en el entorno social. Además del avance de la ciencia, su objetivo es debatir las cuestiones de actualidad, sobre todo las más graves. Participa activamente en el debate sobre el futuro de la sociedad y del país. Trata, además, de identificar los problemas que tiene la sociedad y de colaborar en encontrar soluciones a esos problemas. La idea central es la de responsabilidad. Si no se encuentra respuesta a los problemas, por lo menos hay que mantener a la población informada, colaborando con ella (la población) para tomar decisiones. Se informa también a los líderes dentro de la sociedad. Se evalúan problemas, así como sus consecuencias a medio y largo alcance.

El objetivo de la universidad no es sólo enseñar a los estudiantes/as para que se conviertan en líderes, ejecutivos y profesionales (con sueldos altos). Se puede medir la calidad de la universidad cuantificando el número de patentes, artículos publicados en revistas competitivas, o el número de premios Nobel. Otro indicador ya citado es la proporción de estudiantes extranjeros que están matriculados. Pero el indicador más interesante de la calidad de una universidad es el número e importancia de antiguos estudiantes/as que contribuyen a la reducción de las desigualdades sociales, al incremento de la tolerancia y el multiculturalismo dentro de la sociedad, a crear canales nuevos de movilidad social hacia arriba, a mejorar las condiciones de los

grupos sociales oprimidos o con desventajas, etc. Esos antiguos estudiantes/as son los que hacen de su *alma mater* una institución importante y de calidad³.

El sistema universitario últimamente recibe muchas críticas. La primera es que las matrículas son cada vez más caras. Otra es que la competitividad en la selección de estudiantes es elevada. Las ciencias, carreras y áreas de conocimiento están fragmentadas. Se observan numerosos conflictos de intereses. Las rivalidades entre el profesorado son frecuentes. Algunos resultados de investigación son falsificados. El sistema es elitista y arrogante. La organización se opone al cambio. Los/as funcionarios (tanto profesores como el PAS, personal de servicios y administración) no se dedican responsablemente a su trabajo. Abundan las corrupciones de todo tipo. Para algunos profesores/as, su puesto en la universidad no es más que un segundo empleo, y el menos importante. Hay abusos de todo tipo. Todas estas polémicas demuestran que la universidad es una institución que acepta un nivel alto de críticas e incluso de autocríticas. La crítica es parte de la educación universitaria.

Los cambios del entorno (la crisis actual del sector público, del Estado de bienestar, el déficit público y el

³ Otro indicador de calidad es la importancia de la contribución de antiguos alumnos/as al mantenimiento de la universidad. Se puede medir por la proporción del presupuesto anual que supone el dinero y donaciones recibidas de antiguos alumnos/as. En las universidades españolas suele ser una proporción nula.

entorno empresarial cambiante) demandan un incremento de la eficacia del sistema universitario. Supone hacer más con menos. Un objetivo es reducir el costo de la educación universitaria. Esto es doblemente difícil en un sistema universitario como el español, que ha sido tradicionalmente barato y que está todavía por desarrollar. No hay verdaderas universidades-investigadoras, ni hay universidades españolas entre las mejores del mundo. Pedir una reducción del presupuesto es, pues, arriesgado. El problema es que las universidades se consideran más como gasto (para los estudiantes, familias, el Estado) que como inversión. De la misma forma, la investigación dentro de la universidad se suele considerar un lujo, un coste o un capricho. Pero las familias saben que la inversión en sus hijos/as —más que la inversión en los hijos/as de los vecinos/as— es productiva. Los sacrificios realizados para que los hijos/as estudien, y para que puedan por fin elevarse de clase social, se valoran muy positivamente. Quizá las cohortes venideras no van a poner tanto énfasis en ese sacrificio (o inversión) en los hijos/as.

Otra crítica es que el sistema parece cada vez más competitivo. La competición para ser admitido en las mejores universidades-investigadoras del mundo es cada vez mayor (William G. Owen, 1997: 20)⁴. En España, la selectividad (que se realiza al finalizar el año de COU y antes del ingreso en la universidad) es un trámite clasificatorio por áreas de cono-

cimiento más que por universidades. La tendencia es a quedarse en la universidad más cercana al hogar familiar. La competición no se realiza para ir a las universidades más prestigiosas, sino para ser admitido en la universidad más cercana. En parte, eso ocurre porque no hay una idea clara de *ránking* de universidades según su calidad o prestigio. Los/as estudiantes universitarios no están becados, y la mayoría tienen que realizar sus estudios viviendo en el hogar de sus padres. Además, la selectividad se entiende como un «coladero» (un sistema en que todos/as aprueban salvo los/as que tienen mala suerte en el examen) y no como un sistema de clasificar estudiantes/as por niveles académicos, o de crear diferencias según universidades. Todo el sistema universitario español se construye en torno a la idea de no crear diferencias entre los estudiantes, y mucho menos de inteligencia o competitividad⁵. La ley tiende también a no crear diferencias entre universidades, e impedir que una universidad destaque, sea mucho mejor o tenga presupuestos mayores.

El objetivo de una formación universitaria de calidad es siempre *to make a difference*, es decir, conseguir realizar a lo largo de la vida activa una contribución original y notable. La educación universitaria de calidad permite dedicarse al conocimiento por el propio conocimiento, y no

⁵ En España, este falso democratismo lleva incluso a la idea de que todos los profesores/as son iguales, independientemente de sus méritos académicos o de su nivel como profesor/a. Se realiza un esfuerzo especial por evitar comparaciones públicas.

⁴ El capítulo primero se titula «No limits» (en Ronald G. Ehrenberg, ed., 1997).

tanto por las recompensas monetarias o en especie que se pueden obtener. No importa el área de conocimiento en que las personas se especializan, sino su capacidad para contribuir eficazmente al mejoramiento de la sociedad. Una buena educación, y sobre todo el obtener notas elevadas en la educación secundaria, permite escoger carrera. Es, además, la única vía de acceso a las carreras consideradas como difíciles o escasas. Pero además de incrementar las posibilidades de elección, las buenas notas y los méritos académicos incrementan de forma más que proporcional el encontrar luego un trabajo creativo (no repetitivo ni alienante), las posibilidades de innovación dentro de ese trabajo, las condiciones de trabajo, una vida más agradable independiente incluso del trabajo. Las notas elevadas están relacionadas con estímulos intelectuales y culturales de todo tipo, posibilidades de viajar, de conocer personas prestigiosas y agradables, sentir placer por la cultura (música, teatro, arte, ciencia). Permiten luego participar en actividades de la comunidad que generan satisfacción, autoconfianza y, en general, el número de amigos/as que se pueden mantener. Suponen el acceso a fuentes fundamentales de información. Además, permiten posibilidades de matrimonio y de crear una familia más ventajosas. Las contrapartidas no-económicas son más interesantes que la mera recompensa en salario, que en cualquier caso es más que proporcional al esfuerzo realizado.

Pero en el debate de la calidad debe preguntarse: ¿calidad para quién? Las

notas de los estudiantes/as, sobre todo en el sistema universitario español, son un factor de predicción poco fiable del éxito posterior en la vida profesional. No hay apenas correlación entre notas y salario posterior. La relación entre expediente académico y las responsabilidades que luego adquieren esas personas es débil. En España, todavía el apellido familiar, la clase social de origen, el género y otras variables (más indefinibles) condicionan los resultados tras la universidad. En este sentido, no sólo es importante preguntarse ¿calidad para quién?, sino también ¿calidad por qué?

Otra crítica recurrente es que la universidad está cada vez más deshumanizada. Afirmar que las Humanidades están en crisis es una muerte anunciada... salvo que nunca mueren. Las Humanidades son parte de una arqueología del saber, pero su cultivo suele vincularse a un cierto eurocentrismo, con numerosos mitos culturales, dentro de la tradición cultural «occidental». Las Humanidades tal y como se enseñan en España son parte de la cultura «occidental» dominante, que cada vez se pone más en duda. Se critica la arrogancia de los cánones europeos y la aceptación de sesgos filosóficos etnocéntricos. Soplan vientos multiculturales por todo el mundo. Los estudios clásicos se asocian —quizás a la ligera— con esa cultura occidental (siempre entre comillas) dominante y decadente. Sin embargo, una universidad de calidad debe reabrirse a las Humanidades, pero sobre todo a las que se refieren a otras culturas, tradiciones filosóficas, países. Los continentes olvidados

(África y Asia) deberían tener una representación mayor en la investigación y la formación de las universidades de calidad.

Una teoría recurrente, que se pone de moda cada cierto tiempo, es que la universidad está en crisis, y que es necesario regenerarla. Según criterios objetivos, la universidad nunca desaparece; es la institución menos en crisis dentro de la sociedad. La universidad tampoco es una fábrica de parados, como llegó a afirmarse. El paro en España es alto, pero correlaciona con niveles bajos de estudios (personas con sólo estudios primarios) y con género (femenino). Las personas con estudios universitarios mantienen una tasa de paro que es la mitad de la media. No hay muchos doctores/as en paro, aunque bastantes se consideran subempleados, malempleados y discriminados. Algunos/as ocupan trabajos precarios de los que no les resulta fácil salir.

Hay una falta de sincronía entre la formación de profesionales y las necesidades objetivas de esos/as profesionales en el país. La universidad no es responsable de dar trabajo a los licenciados/as que forma, ni siquiera a los doctores/as. Las necesidades de algunas especialidades no guardan relación con el número de estudiantes universitarios. En España, el caso de la profesión médica fue tan llamativo que terminó en una política de *numerus clausus*. El resto de las profesiones y carreras parecen autorregularse, aunque no existe una planificación precisa. El sistema es bastante irracional y poco empírico. Mientras tanto, las profesiones pierden gradualmente sus características de ser un servicio

público, un trabajo en favor de la población, una dedicación humanitaria, un trabajo en condiciones difíciles, que rechaza las motivaciones crematísticas y que mantiene el dominio del trabajo propio profesional. Las profesiones se desarrollan cada vez más en un mercado laboral (capitalista) que las domestica, perdiendo sus tres características más importantes: vocación moral, servicio público y protección de las necesidades de la población.

El paro, subempleo o trabajo precario de licenciados/as es un problema que preocupa seriamente a los países avanzados. Pero más preocupante aún es el desempleo de personas con el título de doctor. Este problema es relativamente reciente, y se ha tratado de resolver con trabajos temporales, puestos docentes inadecuados en la propia universidad, entradas y salidas entre universidad y empresas, de forma circular, sin llegar a crear un trabajo estable, otros trabajos precarios, etc. En el futuro es posible que las personas con doctorado no vayan a realizar exactamente un trabajo docente ni de investigación, sino de gestión, en campos a menudo diferentes del original. Esto no debe ser considerado como un fracaso o un aprovechamiento inadecuado de recursos. Algunos doctores/as denuncian que su empleo actual es inadecuado o no relativo a su área estricta de conocimiento. Pero eso seguramente no será considerado como problema en el futuro, ni siquiera inadecuado. Quizás estemos ante un cambio sustancial de la estructura de enseñanza e investigación en el mundo entero.

En el futuro, las personas con una formación de tercer ciclo van a cambiar varias veces en su vida de empleador (empresa o institución) y también de disciplina o especialización. Se cuestiona que el ideal de un programa de doctorado sea el de especializarse y profundizar. Quizá sería útil volver a programas de doctorado más abstractos, teóricos, multidisciplinarios y humanistas. La formación en gestión, organizaciones complejas, dirección, evaluación, informática, comunicación, imagen, administración, etc., es cada vez más importante para combinarse con una o dos especialidades base. Esto supondría un cambio eficaz de los planes de estudios de doctorando incorporando nuevas asignaturas y conocimientos. Es, además, necesaria una mejor preparación en comunicación escrita, verbal, formas de escribir y, sobre todo, en informática. Cada vez es más importante saber trabajar en equipo, compartir valores e instrumentos, y comunicar de forma eficiente los resultados.

En Estados Unidos se calcula oficialmente (por el *Department of Labor*) que en el siglo XXI las personas cambiarán carreras —no sólo empleadores— unas cinco veces de media a lo largo de sus vidas (Fox, 1997: 106)⁶. La consecuencia obvia es que se requiere una formación de doctorado más amplia y global. Es difícil predecir los conocimientos que van a necesitar los/as licenciados y doctores en el futuro. Más que materias específicas, es preferible que aprendan a aprender, y a

saber cómo se sabe. El proceso de aprender, los hábitos de aprendizaje y la motivación pueden ser más importantes que los planes de estudios o el contenido de las asignaturas. La cultura de una disciplina (o área de conocimiento) supone conocer los clásicos/as, la metodología propia de esa disciplina o carrera y, sobre todo, sus manías y lenguaje secreto. La manera de formular hipótesis, demostrarlas y llegar a descubrimientos ha sido siempre parte importante de la socialización en una disciplina concreta.

Ese paro, o carencia de buenos trabajos, en personas que tienen el título de doctor/a lleva a algunas universidades a contratar para los trabajos de investigación (y de ayuda a la docencia) a estudiantes postdoctorales en vez de predoctorales. Pero esto es una forma de matar la gallina de los huevos de oro, pues se penaliza a una cohorte entera de estudiantes (los predoctorales) en favor de los de más edad y formación. Habría que realizar un estudio de cohortes para entender las dificultades y oportunidades por las que pasa cada cohorte. El ideal es que cada cohorte tenga igual probabilidad de aprender realizando investigación. No debe separarse la docencia de la investigación.

La creatividad o el afán por el descubrimiento no tienen que asociarse únicamente con la universidad. La solución es doble: la socialización en ese rol y la aceptación de las personas que utilizan su doctorado en otros contextos sociales de forma creativa. La incredulidad respecto de poder realizar un trabajo creativo e investigador fuera de la universidad es lo que más dificulta el cambio. Los

⁶ Marnye Anne Fox, en un capítulo titulado «Graduate students: Too many or too narrow?», en Ronald G. Ehrenberg (ed.) (1997).

jóvenes doctores/as mantienen aspiraciones de trabajo irreales, unidas a una cierta arrogancia que deriva precisamente de sus estudios académicos.

El papel de un profesor/a, sobre todo de un catedrático/a, no consiste en reproducirse de forma clónica en sus estudiantes de doctorado. Un/a buen profesor busca y experimenta con nuevos papeles y ocupaciones para los futuros doctores/as. Explora nuevos campos y líneas de investigación (lo cual es obvio) e incluso nuevas direcciones, combinación de trabajos y formas de aplicar la profesión. A su vez, los/as estudiantes no deben ser un calco de sus maestros/as. En la universidad, una obsesión dominante es que sólo se puede tener éxito en la vida como profesor/investigador universitario. La única meta imaginable es llegar —lo antes posible— a catedrático/a. Eso produce frustración y angustia, pues, tal y como están las cosas en España, una proporción elevada de doctores/as y profesores/as nunca alcanzarán la cátedra. La universidad tiene que cambiar. Los actuales estudiantes no pueden convertirse en una réplica de sus maestros universitarios. En parte es un problema de número⁷.

⁷ Cuando yo empecé a estudiar (en la Universidad Complutense de Madrid), la población de estudiantes universitarios de toda España era menor que la actual de la Universidad Complutense. Realizo luego mi segundo doctorado en una universidad extranjera (en Yale University) cuyo tamaño es la mitad que la Facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona, en la que actualmente soy catedrático. Una proporción estimable de los estudiantes/as de mi generación en Madrid se han convertido luego en profesores de Uni-

La solución es una educación doctoral orientada a ese futuro múltiple. Tanto a nivel de licenciatura como de doctorado, los estudiantes requieren una educación más amplia, abstracta, teórica, múltiple, interdisciplinar. El objetivo es que esa educación sea hábil para varios campos y puestos de trabajo diferentes. Paradójicamente, es lo que a menudo se critica de la universidad española: que los estudiantes saben de todo y no saben de nada, que las clases son muy teóricas, que el conocimiento que se imparte es demasiado abstracto y variado. Sin embargo, el conocimiento abstracto es clave, lo que contribuye a conseguir poder dentro de un área de conocimiento. Como decía C. Wright Mills, no hay nada más útil que una buena teoría⁸. Se trata, pues, de que los programas de doctorado tengan un contenido más amplio y que la formación, en vez de especializarse, sea más diversificada e interdisciplinar. No se requiere tanto que un/a doctorando aprenda un campo de su especialidad en gran profundidad, sino que mejore su capacidad de escribir, de diseñar una investigación, de hablar en público, de manejar mejor ordenadores y las tecnologías de información e imagen, de gestionar y administrar recursos, de evaluar programas, etc. Es aconsejable que los/as doctorandos desarrollen un

versidad, debido al impresionante crecimiento del número de estudiantes en estos años. De mi clase y cohorte en la Facultad de la Complutense, unos cuantos son ahora catedráticos y otro puñado políticos. Esta situación no volverá a repetirse.

⁸ Realmente, no hay nada más útil que dos teorías.

curriculum vitae que incluya varias disciplinas⁹.

Por un lado están las críticas a la universidad y, por el otro, los indicadores de calidad. Paradójicamente, el mejor indicador de calidad de la universidad-investigadora es su espíritu crítico. La universidad conserva y transmite el conocimiento tradicional, pero al mismo tiempo lo critica para comprobar nuevas ideas e innovar. La libertad de oponerse, de estar en desacuerdo, de provocar y de ser crítico/a son valores universitarios importantes. Lo usual es que los/as jóvenes (profesores y estudiantes) no estén de acuerdo con sus discípulos o colegas. De cada cohorte se espera una serie de innovaciones; y eso en todas las materias y áreas de conocimiento. Si no ocurre así, peligra la verdadera esencia de la universidad-investigadora.

El papel de una universidad-investigadora es doble. Por un lado, tiene que preservar el conocimiento tradicional y mantener viva su llama. Eso supone el cultivo de los estudios muy específicos y de líneas del saber que no sobrevivirían a las leyes del mercado (de oferta y demanda). Pero, por otro lado, la universidad debe cuestionar el conocimiento, dudar de todo e imaginar nuevos caminos. Lo importante en la educación universitaria no son las respuestas, sino las preguntas, sobre todo las preguntas-sin-respuesta. Una universidad-investigadora de calidad no suele ser una institución con

sólo carreras de moda, o donde se investigue únicamente en temas punta. Debe trabajar también sobre áreas importantes aunque sean aburridas (quizás precisamente por serlo).

Un buen indicador de calidad de una universidad es precisamente la calidad de sus estudiantes. No es tanto que los/as estudiantes se sientan atraídos por las buenas universidades, sino que los/as profesores tienden a ir a las universidades en que hay buenos estudiantes. El estudiantado es, pues, al mismo tiempo un recurso y un objetivo. Frente a esta realidad competitiva se suele difundir una idea equivocada de que es preferible no seleccionar estudiantes, sino mezclarlos todos juntos. En España se proponen a veces reformas en que ni siquiera el sistema de notas clasifica estudiantes. En parte explica que las notas de los/as estudiantes tienen poco que ver con lo que luego esas personas realizan en su vida. Pero si no hay selectividad ni selección, difícilmente una universidad puede llegar a estar en el grupo de las universidades-investigadoras centrales en el mundo. El sistema de universidades públicas españolas, su financiación, homogeneización de títulos, y especialmente la ley, impiden sistemáticamente que haya grandes diferencias de calidad entre las universidades. No puede hablarse de universidades buenas o menos buenas, sino que hay que referirse a departamentos concretos, y más aún a profesores/as determinados.

La juventud (tener menos años de edad) no es por sí misma un valor. Pero en las organizaciones universitarias de calidad las personas (estudiantes y profesores) no son sólo valoradas por

⁹ Esta propuesta conecta con la crítica de Ortega y Gasset sobre los/as bárbaros especialistas que desarrolla en su celebrada obra *La rebelión de las masas* (publicada en 1930).

lo que son, sino sobre todo por lo que pueden llegar a ser. Los/as jefes de departamento, decanos, tribunales de los concursos, evalúan lo que las personas han realizado pero también lo que pueden llegar a realizar. Ambos factores suelen estar bastante relacionados. Se puede hablar así de la calidad de *lo que se puede llegar a ser* como un indicador esencial, aunque difícil de medir.

La educación en general es como el dios Jano, con una cara favorable optimista y otra dramática. El sistema educativo es el sistema reproductor social por excelencia, el que crea las desigualdades sociales más duraderas. Pero al mismo tiempo permite la movilidad social. Una vieja idea es que *la educación libera al ser humano de su origen social*. Las universidades-investigadoras son instituciones que permiten la movilidad social ascendente para estudiantes/as de clases bajas con capacidades especiales, que no serían capaces de elevarse en la pirámide social si no fuese por el sistema universitario. La universidad es, además, la institución menos sexista, racista y segregacionista que suele existir dentro de una sociedad avanzada. También es una de las más tolerantes. Al terminar los estudios, los alumnos (sobre todo las alumnas) se dan cuenta de la diferencia entre la institución universitaria abierta y el mundo «de verdad», bastante más discriminador. El problema del siglo XXI va a ser el de las desigualdades sociales. El sistema educativo, y sobre todo el universitario, puede colaborar de forma efectiva a superar factores importantes de desigualdad e injusticia en la estructura social.

Se entiende que un factor de calidad es la diversidad de los estudiantes

(por género, intereses, orientaciones ideológicas, etnicidad, formas de pensar, códigos éticos, estatus social de origen). Una universidad de calidad no contiene un solo tipo de carreras o de estudiantes. Por ejemplo, es impensable en el siglo XXI una universidad-investigadora de calidad que sea únicamente para varones. No podría considerarse como una universidad de calidad. Lo mismo puede aplicarse a otras características adscriptivas y discriminatorias, siempre que las personas estén altamente cualificadas. Lo problemático es que un sistema selectivo por notas no asegura la variedad o diversidad de estudiantes cualificados. Es necesario el talento o la inteligencia de los/as mejores estudiantes, también sus opiniones y personalidades diferentes. Indicadores de calidad universitaria son la proporción de mujeres, de gitanos/as, de inmigrantes (o hijos/as de inmigrantes).

Otro indicador de calidad es la multidisciplinariedad. Se define como la proporción de personas (profesores/estudiantes) que realmente trabajan en equipos multidisciplinares. Para ello hay que superar la idea de que hay unas áreas de conocimiento inferiores y otras superiores¹⁰. En el mundo del saber, todos los campos y líneas de investigación son potencialmente iguales. Es imposible cuantificar el estatus de un área de conocimiento respecto de las demás. Pero sí es posible cuantificar la calidad global de las universidades. La multidisciplinariedad (o interdisciplina-

¹⁰ Que, por ejemplo, Economía es superior a Sociología, o Telecom (Ingeniería Técnica Superior de Telecomunicaciones) superior a tocar el violín.

riedad) debe aplicarse tanto a la docencia como a la investigación.

Un indicador de calidad es la incorporación del sistema universitario (de investigación y de formación) a las nuevas tecnologías informáticas y a los nuevos sistemas de comunicación. Eso supone entrar lo antes posible en el proceso de globalización de la educación, la comunicación instantánea (fundamentalmente en inglés) y los sistemas de enseñanza que incorporan la informática tanto en la docencia como en la investigación. No es aconsejable quedarse atrás en ese proceso, que involucra no sólo a la organización de la universidad, sino también del profesorado y estudiantado. El reto de las universidades en el siglo XXI es aprender a utilizar la tecnología de información de forma creativa para mejorar la docencia y la investigación. La informática ha dejado ya de ser una herramienta del cálculo matemático más complicado para convertirse en un sistema importante de aprendizaje, comunicación, innovación e información, con un componente peculiar de anarquismo y desorganización. Para bien o para mal, esta nueva tecnología de la información va a permitir la globalización más radical que siglos de *invisible college* apenas lograron. Pero no sólo se trata de globalización, sino también de diversidad. El lado anárquico (y desorganizado) de la navegación informática sugiere confiar en innovaciones y avances adicionales en los terrenos científicos.

Otro indicador de calidad es la existencia de una cultura organizacional (en este caso de universidades) desarrollada. Cada vez es más impor-

tante dedicar tiempo a informar a los/as profesores y estudiantes sobre su universidad, explicarles la estructura de la organización, sus objetivos, la forma en que se gasta el dinero, los descubrimientos realizados en el mes pasado. La denominada «comunidad universitaria» (PAS, profesorado, estudiantado) requiere bastante más información y conocimiento sobre su propia universidad. Una institución de calidad fomenta al mismo tiempo la *lux* y la *veritas*. Su cultura organizacional plantea a estudiantes y profesores las ventajas de dedicarse al conocimiento y a la búsqueda de la verdad objetiva, a pesar de las dificultades que ese objetivo conlleva. Transmite entusiasmo por los descubrimientos, la aventura de investigar, de avanzar el conocimiento, inventar, conocer nuevas realidades y relaciones. Investigar es como una novela de misterio, de policías-y-ladrones.

Pero la calidad universitaria no sólo se mide en avances, descubrimientos, patentes o premios Nobel. Un factor importante (que a su vez está relacionado con lo anterior) es una buena interacción entre profesores/as y alumnos/as. La «buena interacción» se entiende como relaciones más frecuentes, con capacidad de comunicar ideas y conocimiento, y sobre todo una relación más personal e individualizada. En un mundo gregario y comunitarista como el español llama la atención la falta real de comunicación (fuera y dentro de las aulas) de profesores y alumnos/as. Los/as profesores de calidad no sólo escriben, descubren y patentan, sino que además motivan, escuchan, comprenden y reconfortan. Saben comunicar

entusiasmo por la ciencia. Transmiten ideas para realizar una contribución sustancial con pocos recursos y mucha atención. Comunican el valor de la meticulosidad. Enseñan a escribir y a hablar en público tanto como a investigar.

La «excelencia» es el concepto clave en la calidad de las universidades. Se trata de hacer las cosas bien, de forma innovadora, original. Pero la excelencia no es un concepto científico estrecho. Supone también entender los problemas de la población, estar atento a los deseos y motivaciones de los/as ciudadanos (y de los no-ciudadanos!), entender empáticamente los deseos de las personas, sus dificultades y aspiraciones, valores y frustraciones. La universidad de calidad está atenta cada día a las polémicas y a los problemas nacionales. Se replantea, por ejemplo, la idea de España, de la democracia y su profundización, de la tolerancia. La universidad de calidad tiene algo que decir sobre la violencia en la sociedad contemporánea, sobre ETA, la condición de la mujer, la corrupción, el individualismo, el futuro, las guerras, la contaminación, el cuerpo, la imagen, la infancia, la idea de Europa, las desigualdades sociales, la energía nuclear, el desarrollo... Al mismo tiempo debate los problemas candentes, sin perder el norte de los problemas básicos de la sociedad y de la población. Un objetivo de la universidad-investigadora, de calidad, es la estructuración de la sociedad. El objetivo central sigue siendo realizar un trabajo realmente vibrante, competitivo, innovador, vital, que atraiga la atención. Se requiere de estudiantes/as y profesio-

res/as motivados, dedicados a la realización de una investigación punta que produzca descubrimientos y avances.

Toda sociedad tiene problemas. La ciencia y la universidad deben colaborar para encontrar soluciones. Lo peculiar es que los problemas sociales no desaparecen. Cada vez hay más problemas sociales, y éstos son más complejos. Las ciencias sociales se encargan de encontrar soluciones tanto a los problemas históricos como a los nuevos. La universidad es una institución importante en ese quehacer. Una característica de los problemas complejos actuales es que no son fácilmente solucionables desde una sola disciplina, o con una única perspectiva. La división de las ciencias en ramas independientes, a menudo antagonicas, decrece sus posibilidades de éxito. El proceso de especialización produce una fragmentación sucesiva y un aislamiento relativo de las diversas ciencias y áreas de conocimiento. Esto es un problema añadido que conviene solucionar seguramente desde la universidad-investigadora.

Se entiende que la universidad-investigadora de calidad debe mantener un papel significativo en la vida moral y social de un país, contribuyendo a dar sentido y significado a la vida humana. La universidad reconoce que la sociedad actual es cada vez más complicada, con problemas sociales que no desaparecen y que cada vez son más complejos. Además, una sociedad democrática es todo menos estable, trabajando siempre por profundizar en esa democracia. Igualmente, los valores de tolerancia son también móviles; aceptan y gene-

ran cambios sociales. Todo ello es aceptado con sentido de responsabilidad y de liderazgo por la universidad-investigadora actual. Se dedica a analizar (y contribuye a la resolución de) los problemas sociales complejos y a investigar la ansiedad que esos problemas crean en todos los grupos sociales, no solamente los que sufren la desigualdad o los problemas.

El papel de las ciencias sociales es paradigmático dentro de las nuevas universidades-investigadoras. Además del puro avance del conocimiento, se trata de mejorar las condiciones sociales de la población. Los/as sociólogos suelen ser buenos diagnosticadores pero malos terapeutas. Definen bien los problemas pero no saben solucionarlos. A menudo, la terapia es atinada pero la voluntad política (o los recursos económicos) no es ajustada a las necesidades. Se critica que las ciencias sociales son menos exactas que las ciencias más «duras», y que las soluciones no son fácilmente definibles. En los dos casos se está de acuerdo en que una función importante es informar a los/as estudiantes y a los demás colegas sobre esos problemas sociales. Ante la impotencia de encontrar soluciones, un objetivo es mantener viva la llama del conocimiento (el mejor conocimiento posible, el más ajustado a la realidad social). Es posible que en el futuro sí sea posible solucionar esos problemas.

La universidad es hija de la Iglesia y del Ejército. Quizá por eso hay pocas organizaciones sociales que duren más que las universidades. La sociedad ha cambiado más que sus universidades. Hacia el año 1500

había en el mundo unas setenta universidades¹¹. Quinientos años después todas ellas perviven, y, lo que es más llamativo, en la misma localidad geográfica. La universidad es, pues, una organización especializada en sobrevivir. Lo paradójico es que algunos de los mayores cambios sociales (por ejemplo, la revolución informática) se han generado desde la universidad. Las universidades son el *sancta sanctorum* de la innovación, del conocimiento; pero, paradójicamente, como organizaciones son poco innovadoras. En eso van por detrás de las empresas. A las universidades no les gusta nada el cambio¹². En el siglo XXI las universidades deben cambiar, y aplicarse su propia medicina: jarabe de crítica y grageas de cambio.

Las universidades no sólo deben aceptar el cambio, sino incluso producirlo. Las universidades son —y quizá lo seguirán siendo siempre— instituciones que definen y conforman el futuro. En las aulas deben enseñarse (y practicarse) la gestión y la planificación del cambio como la asignatura más difícil. Hay que cambiar al mismo tiempo el *cómo* se enseña y el *qué* se enseña. Una característica de la calidad de la universidad-investigadora es la preocupación por el presente, por los temas candentes, importantes o de actualidad. Pero, además, está preocupada seriamente por el futuro, por los descubrimientos, los avances y el tipo

¹¹ De ellas, seis son españolas: las Universidades de Barcelona, Salamanca, Santiago, Valencia, Valladolid y Zaragoza. En la actualidad existen las seis, y todas ellas con más de treinta mil estudiantes.

¹² La mayoría siguen siendo dirigidas por catedráticos de Derecho romano, Historia de la psicología, Física teórica o Farmacología.

de sociedad a que se puede llegar con esos avances. La preocupación lo es también por el futuro del país, y cada vez más del mundo (a través de tendencias como la globalización, multiculturalismo o ecologismo). En todos los casos, lo que caracteriza a una uni-

versidad-investigadora de calidad es la responsabilidad respecto del entorno social en que se sitúa, y el análisis de la estructura y el cambio social.

Jesús M. DE MIGUEL

JORGE DE ESTEBAN

La alternancia. La caída del PSOE y el ascenso del PP al poder
(Madrid, Libertarias, 1997)

No son abundantes los estudios dedicados a la alternancia, a pesar de ser ésta un elemento clave para la democracia, ya que democracia supone pluralidad de opciones que, al menos como posibilidad, compiten libremente por ocupar en algún momento las instituciones de gobierno. En este panorama de escasez bibliográfica, el Catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense, Jorge de Esteban, recoge ahora en forma de libro un conjunto de artículos, algunos de ellos previamente publicados en la prensa, otros redactados para esta ocasión, con el hilo conductor de la idea de alternancia.

A causa de la poca bibliografía sobre el tema, el autor incluye en el primer capítulo una exposición sobre el concepto de alternancia, los requisitos necesarios para que pueda darse (entre los que señala una sociedad relativamente homogénea, un sistema parlamentario, un sistema de partidos con tendencia al bipartidismo, un sistema electoral mayoritario y la aceptación del compromiso por las partes

que participan en el juego), así como los diferentes tipos de alternancia. En los capítulos posteriores analizará las causas y la forma de la caída del PSOE y el acceso del PP al poder, así como el modo de gobernar de este partido.

Considera Esteban que en la historia contemporánea de España no ha habido posibilidad de una auténtica alternancia hasta la transición a la democracia en 1975. Anteriormente se produjeron situaciones que guardan concomitancias con el fenómeno de la alternancia, tal y como él lo entiende, durante el período de la Restauración, de 1876 a 1923, y en la II República, de 1931 a 1936. Sin embargo, en ninguno de los dos casos llegó a realizarse plenamente. Es obvio, por otra parte, que durante el régimen franquista tal fenómeno brilló por su ausencia, puesto que una de sus bases era la construcción desde arriba de un «estado unanímista» que evitara cualquier oposición y, por lo tanto, hiciera imposible la alternancia.

Democracia, sin embargo, significa pluralismo político y, a partir de ese

pluralismo, decisión por mayoría, no por la unanimidad anteriormente pretendida. Ahora bien, si el principio de toma de decisiones es la regla de la mayoría, es necesario que el poder de la mayoría esté sometido a unos límites que no puede transgredir sin degenerar en un poder tiránico, límites que vienen marcados por el respeto a las minorías. La minoría no supone únicamente un freno al poder, sino que también ofrece al electorado una alternativa de gobierno. Por lo tanto, el reconocimiento de sus derechos es un requisito indispensable para que exista al menos la posibilidad de alternancia dentro de un régimen político.

El autor recoge en este contexto algunas de las causas que llevan a hablar en la actualidad de una crisis del Parlamento (cap. IV). Señala entre ellas la fuerte dependencia de los representantes respecto de sus partidos políticos, más que del electorado, y el hecho de que al ser un partido quien generalmente domina el Gobierno y la mayoría parlamentaria podría perder su sentido la teoría clásica de la separación de poderes, elemental en un régimen democrático. De ahí que proponga la necesidad de fortalecer el papel de las minorías parlamentarias para que puedan ejercer el papel de oposición y la función de controlar al Gobierno.

A continuación pasa a exponer algunas de las peculiaridades de la alternancia en España; en concreto, las derivadas del Estado de las Autonomías (cap. V). Considera el autor que aún no se ha perfilado de una manera definitiva la distribución de competencias entre Gobierno central

y Gobiernos autonómicos. La razón de ello no es sólo la complejidad del proceso y el tiempo necesario para la transferencia de competencias ejercidas tradicionalmente por el Estado central, sino, sobre todo, porque la política autonómica gira en torno a dos polos opuestos. Por un lado, la tendencia a la simetría, que pretende una homogeneidad en cuanto a competencias y forma de financiación en todas las Comunidades Autónomas. Ésta ha sido la línea seguida por los diferentes gobiernos centrales, independientemente de cuál fuera su signo, y reivindicada también por las diez autonomías *de vía lenta*, basándose en la teoría de los «agravios comparativos». Pero, al mismo tiempo, se da también la tendencia contraria, representada por las comunidades *de vía rápida*, que reivindican una forma asimétrica del Estado de las Autonomías, que haga justicia a los hechos diferenciales. Por ello considera que constituye una paradoja querer emprender la reforma del Senado, como Cámara de representación territorial, sin haber solucionado definitivamente la cuestión autonómica.

Otra de las peculiaridades del caso español derivadas de lo anterior es el protagonismo asumido por los partidos nacionalistas en los gobiernos formados a partir de 1993, año en el que el PSOE pierde la mayoría absoluta de que hasta entonces disfrutaba. Aunque la lógica política hubiera exigido un gobierno de coalición con IU, Felipe González no estaba dispuesto a formar una coalición de izquierdas y, por ello, se ve obligado a recurrir al apoyo de nacionalistas vascos y, sobre todo, catalanes, con una

ideología de centro-derecha. A partir de entonces nos encontramos con la paradoja de que, aunque la prerrogativa de disolver las Cámaras y convocar elecciones generales corresponde al Presidente del Gobierno, la clave de su disolución o continuidad no pasaba tanto por Felipe González como por Jordi Pujol, de tal manera que un presidente de Comunidad Autónoma no sólo dirigía la política de su Comunidad, sino que, además, su peso era decisivo para condicionar también la política estatal. De este modo, la legislatura acabaría en el momento en que Jordi Pujol retirara su apoyo a Felipe González o se adhiriera a una eventual moción de censura patrocinada por el PP ante los numerosos casos de corrupción que salen a la luz en esta época.

El capítulo VII («El rechazo de la alternancia: el último gobierno del PSOE») está dedicado a los últimos años del PSOE, marcados por los escándalos y los intentos de la oposición por lograr la dimisión del Presidente del Gobierno, ineficaces mientras el PSOE contara con el apoyo de CiU. Sin embargo, a finales de 1995 cambian las circunstancias. Por un lado, en las elecciones autonómicas del PSOE pierde la mayoría que hasta entonces tenía en el Senado, a causa de la incorporación de nuevos senadores autonómicos, designados por las distintas Comunidades Autónomas, lo que suponía una señal al Presidente del Gobierno para adelantar la convocatoria de elecciones. Sin embargo, esta señal no es atendida. Con ello se trata de evitar la segunda alternancia en la democracia española, que ya aparece como inminente,

hasta que resulta ineludible cuando Pujol retira el apoyo al Gobierno antes de las elecciones autonómicas catalanas de diciembre de 1995. En esa situación, Felipe González no tiene más remedio que disolver las Cortes y convocar elecciones generales para el día 3 de marzo de 1996, abriendo así la puerta a la alternancia por segunda vez en nuestra democracia.

El PP, sin embargo, no alcanza la mayoría absoluta anunciada por los sondeos y, una vez más, resulta necesario recurrir al apoyo de los partidos nacionalistas para poder formar gobierno. La causa de que no logre la amplia victoria que cabía esperar la atribuye el autor a la escasa cultura democrática en España, que no permite la existencia de una amplia franja de electores flotantes que otorgan su voto alternativamente a uno u otro de los grandes partidos, según la coyuntura política del momento.

En el capítulo IX expone algunas de las características del gobierno del PP, derivadas de lo que se ha analizado en los capítulos previos; en concreto, los escándalos políticos durante la anterior legislatura y el no haber logrado la mayoría absoluta. La peculiaridad más importante de este período será que la sombra de la corrupción se proyecta sobre la actividad parlamentaria del PSOE, de forma que el PP puede gobernar de hecho sin una oposición real. Por ello, «la alternancia futura aparece cada vez más alejada del horizonte político español» (p. 222). Esto es más grave aún que si quien se encontrara en esa situación fuera el partido en el poder, porque así el país se

queda sin esperanza de futuro y, además, el gobierno de turno tiene las manos libres para ejercer el poder sin el freno que supondría una oposición legítima. Por eso, critica el autor algunos de los actos de gobierno del PP próximos a modos autoritarios, como la Ley sobre secretos oficiales, determinados nombramientos en el poder judicial o en medios de comunicación de titularidad estatal y la negativa a la descalificación de los papeles del CESID. A ello hay que añadir las concesiones hechas por el PP a sus aliados debido a la insuficiente mayoría parlamentaria, que llevan al Presidente del Gobierno al incumplimiento de muchas de sus promesas electorales. Por lo tanto, quien realmente está ejerciendo una función de freno y control al partido en el gobierno no es tanto el partido mayoritario en la oposición, sino los partidos minoritarios que le han prestado su apoyo para poder formar gobierno.

Los últimos capítulos del libro tratan el tema de la alternancia aplicado a otros ámbitos distintos de la política. En primer lugar, a personajes que, por distintos motivos, sobresalen en la historia y son, por tanto, singulares: Tomás y Valiente, que desde su cargo de Magistrado y Presidente del Tribunal Constitucional contribuyó a poner las bases de nuestro Estado de Derecho; Mario Soares y Adolfo Suárez, cuya contribución a la instauración de la democracia en Portugal y España, respectivamente, resulta insustituible; Tony Blair, político brillante que tiene en su haber el logro de desbanca a los conservadores, después de diecinueve años en el poder, poniendo nuevamente en marcha la

alternancia en Gran Bretaña. Por último, Gustavo Villapalos, con quien el autor muestra una actitud muy crítica por considerar que ha alcanzado una gran notoriedad en la vida pública española que no se debe a sus propios méritos, sino a una estratégica y hueca labor de imagen.

La universidad española y los males que la aquejan es otro de los campos sobre los que el autor proyecta la idea de alternancia. Harán falta varias generaciones para regenerar la situación crítica que atraviesa, debida en parte a la masificación y a la funcionarización a partir de 1982 de aspirantes a profesores políticamente afines al PSOE, como consecuencia de la LRU. Ambas circunstancias han impuesto la mediocridad más absoluta en la universidad. Por ello considera el autor que no hay alternancia para la universidad española.

«La alternancia en el oficio» recoge varios artículos que son producto de la experiencia del autor en el cargo de Embajador de España en Italia, oficio que ha alternado con el de profesor de universidad. Los dos últimos capítulos están dedicados al fútbol —en algunas de sus implicaciones jurídicas y políticas—, como deporte que casi no goza de alternancia en España, y a la presentación de cuatro libros sobre distintas cuestiones de Derecho o política.

A modo de epílogo se analizan dos acontecimientos recientes que pueden favorecer el desbloqueo para una nueva alternancia, esta vez sí en sentido político. Por un lado, la celebración del XXXIV Congreso del PSOE, que, aunque destinado a fortalecer la figura de Felipe González, desde el

momento en que éste anuncia su intención de no presentarse a la reelección del cargo de Secretario General, se abre una vía a la regeneración del partido para que pueda ejercer una auténtica oposición. El otro hecho significativo para el desbloqueo fueron las numerosas manifestaciones que tuvieron lugar en toda España a raíz del asesinato de Miguel Ángel Blanco. Especialmente relevante fue el cambio operado en el País Vasco, puesto que el apoyo de la sociedad vasca resulta indispensable para acabar con el terrorismo de ETA.

En conclusión: no hay que esperar de este libro ni un estudio sistemático del concepto de alternancia, ni de la alternancia reciente en España. Es un libro de otro tipo; compuesto por

artículos en su mayor parte publicados en la prensa, otros redactados para la presentación de algún libro. Quizá por eso lo que se echa en falta es un trabajo de «depuración» por parte del autor de aquellos elementos demasiado «contextualizados», es decir, derivados de la ocasión para la que se ha escrito el artículo. Si bien el autor en todos los capítulos explica cuál ha sido la circunstancia que ha motivado la redacción de los textos que lo componen. En cualquier caso, el libro resulta útil y muy interesante para seguir el desarrollo de la política española en los últimos años, sobre todo en lo que se refiere a las causas del desgaste del PSOE y del acceso del PP al poder.

Carmen INNERARITY

CHRIS TILLY y CHARLES TILLY

Work under capitalism

(Boulder, Col., Westview Press, 1998)

Hace unos años se publicó el conocido libro de Jeremy Rifkin *El fin del trabajo humano*, en el que se planteaba de forma simplista la tesis de que los avances tecnológicos recientes estaban haciendo innecesario trabajar y lo iban a hacer todavía más en un futuro próximo. El argumento era muy sencillo: se está multiplicando tanto la productividad desde hace más de un siglo que no tiene sentido que todos nos dediquemos a trabajar, algo por otra parte tan incómodo, cuando se ha abierto el cuerno de la abundancia para la humanidad.

Con muy pocas cifras, y un exceso de brillantez, se planteaban unos problemas cuya solución no es posible que sea tan simple; todo lo contrario, que es muy compleja por afectar a la esencia misma de la concepción del hombre y de la sociedad. De todas maneras, es indudable que se planteaban preguntas interesantes, quizás más preguntas que posibles soluciones ofrecidas. Igualmente, todo el esquema desarrollado ayudaba a proponer nuevos interrogantes: ¿Cómo se distribuirían, sin tener en cuenta el trabajo, todos los bienes y servicios que

tan abundantemente se podían producir? ¿Cuáles serían las motivaciones para abordar esa producción necesaria? ¿No hay datos para pensar que las necesidades humanas se van acrecentando en la complejidad de las nuevas sociedades? ¿No hay, claramente, algunas necesidades que dan lugar a otras nuevas con su satisfacción? ¿Un mundo tan complejo no hace mayor la necesidad de seguridad?

En este sentido, lejos de planteamientos sistemáticos y de referencias a estudios científicos recientes, casi huyendo de ellos, el libro de Rifkin aparecía fundamentalmente como un intento de hacer afirmaciones de sentido común, inteligibles para todos los lectores, sensibilizador; de ahí su éxito. Nos proponía, en efecto, una reflexión sobre el futuro del trabajo como consecuencia de la aparición de las nuevas tecnologías, en especial desde las claras perspectivas de cambio vislumbradas por todos en las tecnologías de la información. Si la Primera Revolución Industrial multiplicó, hace ya más de dos siglos, la productividad por trescientos, en la autorizada opinión de Adam Smith, y la Segunda (Técnico-científica) y la Tercera (Informacional) han realizado unos aumentos semejantes, estamos ante un incremento millonario de la productividad. Habría, por tanto, razones para creer, con más motivos que los que proporcionó el liberalismo inicial, que se ha instalado definitivamente para la humanidad la sociedad de la abundancia. De todas formas, la experiencia más palpable ha mostrado que, lo mismo hace dos siglos que hoy día, pueden coexistir abundancia y escasez generalizadas.

Y, de la misma manera, que la distribución social de lo producido en las sociedades capitalistas ha estado ligada a la remuneración del trabajo personal, sin que se hayan propuesto otras formas de distribución alternativas; de aquí el miedo que acarrea su posible desaparición. Por todo ello, parece necesario plantearse una reflexión detenida sobre el futuro del trabajo, para ver la influencia que pueden tener las nuevas tecnologías de la información.

Trabajar es una actividad normal, ordinaria, de la que todos tenemos un conocimiento acumulado, experiencia personal, que podemos pensar es bastante racional y que compartimos con todo el mundo. De todas maneras, al leer libros como el recientemente publicado *Work under capitalism*, de Chris Tilly y Charles Tilly, es fácil darse cuenta de que muchas de las ideas manejadas sobre el trabajo son fruto de experiencias muy particulares y difícilmente generalizables, y que las ciencias sociales han acumulado en los últimos años abundantes investigaciones que nos pueden ayudar a tener una idea más precisa de lo que realmente ocurre en el mundo del trabajo.

El nuevo libro a que nos referimos no se centra de una forma directa en el futuro del trabajo; más bien habla de su presente y del pasado inmediato desde unos planteamientos racionales, manejando series temporales de datos y recogiendo los numerosos estudios realizados sobre aspectos muy concretos del trabajo y las nuevas tecnologías. Nos procura así, desde diferentes perspectivas teóricas, una visión general y profunda de

ambos temas, que permite abordar otros problemas anteriormente tratados con bastante superficialidad, como la creciente pérdida de dominio de las habilidades y conocimientos productivos por los trabajadores o el ineludible crecimiento del desempleo. Sobre el futuro del trabajo, sus matizadas conclusiones son muy diferentes de las que podrían deducirse a primera vista. Frente a los que creen que hemos llegado al fin del trabajo humano, se plantea que es posible que asistamos a pocos cambios dado que estamos en una organización social concreta y compleja cuya realidad es producto de una historia en la que han influido muy diferentes intereses hasta lograr un equilibrio. En definitiva, el trabajo es mucho más una construcción social que tecnológica, por lo que su cambio supone unos acuerdos entre diferentes tipos de intereses; que se vean los beneficios que para los diferentes tipos de actores supone el cambio tecnológico, por ejemplo.

El primer punto que los Tilly intentan tener en cuenta, para conseguir una visión acertada de lo que es el trabajo, es que no es sólo una actividad que se lleva a cabo a través de empleos determinados, sometidos a un especial mercado de trabajo. Hay muchas actividades que realizan las personas fuera de esta estrecha definición que son también trabajo: el cuidado de la casa y de los niños pequeños, ayudar en negocios familiares, escribir libros y dar conferencias o recitales, cuidar enfermos, planear robos y asesinatos, ayudar a otros con el propio esfuerzo sin un pago determinado, realizar reparaciones en casa

o cuidar el jardín, preparar un examen o realizar las tareas impuestas en el colegio, y un larguísimo etcétera. Por eso, aunque nuestro interés se centre en el trabajo pagado, realizado por encargo y sometido a un mercado que existe fundamentalmente en las sociedades avanzadas, no podemos olvidar que existen otras múltiples formas de trabajo.

En segundo lugar, se considera que para combatir el determinismo tecnológico, económico (del mercado) y cultural debe tenerse siempre en cuenta que: no es una tarea de individuos aislados que responden a un mercado, sino una relación social entre trabajadores, empleadores y consumidores; el mercado de trabajo no es algo natural y un fenómeno universal, sino un producto histórico contingente de la lucha por el control de las condiciones de trabajo; las historias que tienen que ver con el derecho, los recuerdos, las creencias prevalentes, el conocimiento acumulado y las relaciones sociales existentes se enfrentan con formas de cambiar las organizaciones productivas; los empleadores, trabajadores y emprendedores crean nuevas organizaciones productivas, aprovechando retazos de la estructura social previa, para de esta manera comprometerse ellos mismos inconscientemente en las conexiones establecidas en esa estructura social; las nuevas tecnologías entran en la organización principalmente como instrumentos de búsqueda de beneficio capitalista, siempre dentro de los rigurosos límites establecidos por acuerdos mutuos y las relaciones sociales existentes; los trabajadores, empleadores y supervisores frecuente-

mente usan su conocimiento especializado de las tecnologías productivas como medios de lucha; como resultado de la lucha resultan acuerdos mutuos, leyes, acciones gubernamentales y creencias comunes, que tienen como consecuencia el tipo de organizaciones de trabajo adecuadas o posibles. Sobre estas bases se pretende alejar de la consideración del trabajo o de los mercados de trabajo y las profesiones de las lógicas intemporales de los intereses individuales, de la tecnología, del mercado o de la ideología. Hay que intentar construir un campo de estudio que tenga en cuenta las especiales características culturales e históricas de cada situación y que considere el trabajo y los mercados de trabajo como interacción social más que como suma de los resultados de las acciones individuales (p. 4).

En tercer lugar, más allá de las teorías neoclásicas, marxistas o institucionalistas que se manejan con frecuencia en las ciencias sociales, incluso intentando sacar de ellas lo que tienen de aprovechable, podría pensarse en una teoría general del trabajo y del mercado de trabajo que debería tener las siguientes características: que considere que existe una gran cantidad de variaciones en la organización del trabajo en sus diversas formas; que especifique cuándo y dónde aparece el mercado de trabajo, de la misma manera que cuándo y dónde la organización del trabajo toma otras formas diferentes de las del mercado; que proponga dentro del mundo de los mercados de trabajo cómo se debería tener en cuenta un amplio espectro de fenómenos que incluyen la segregación de tareas por raza o género, el

diferencial de compensación de los empleos y categorías de los trabajadores, cómo la gente encuentra los empleos, cómo los empleos encuentran a la gente, las historias de la gente sobre el trabajo, y el uso de diferentes incentivos por los trabajadores; habría que especificar, igualmente, mecanismos causales verificables por sus efectos; y debería ser consistente, parsimoniosa y cierta (p. 16).

Y sobre estos fundamentos hacen los Tilly una definición amplia del trabajo que nos lleva a considerarlo como «cualquier esfuerzo humano que añade valor de uso a los bienes y servicios. Sin embargo, muchos de los que lo realicen pueden encontrar satisfacción o disgusto en el esfuerzo, la canción, la conversación, la decoración, la pornografía, poner la mesa, limpiar la casa, reparar o romper los juguetes, todo ello envuelve trabajo en la medida en que se aumenta la satisfacción de los consumidores. Antes de nuestro siglo, una gran mayoría de los trabajadores del mundo realizaban la mayor parte de su trabajo de otras maneras muy distintas del trabajo asalariado tal y como hoy lo conocemos. Incluso hoy, considerando el mundo en su totalidad, la mayoría del trabajo tiene lugar fuera de los empleos regulares. Sólo un prejuicio, alimentado por el capitalismo occidental y su mercado de trabajo industrial, puede hacer considerar el agotador esfuerzo gastado como pago dinerario fuera de casa como si fuera el único “trabajo real”, relegando otros esfuerzos a diversión, crimen y mera limpieza de la casa» (p. 22).

De esta manera, es fácil precisar que, a lo largo de la historia humana,

la mayoría del trabajo ha tenido lugar en uno de estos tres sitios: empresas domésticas, como granjas o talleres; en comunidades locales, como grupos de cazadores o en ciudades; y en grandes organizaciones, como plantaciones y ejércitos, conducidos por especialistas en reclutar gente y mandarla. En ninguno de estos sitios el mercado de trabajo opera en el sentido estricto de la palabra. Incluso hoy día, una buena parte del trabajo, incluso la mayoría si tenemos en cuenta el tiempo dedicado, se hace fuera del mercado.

Para acabar de precisar lo que es el trabajo, abordan los Tilly en su magnífico libro una definición de los principales términos unidos a la actividad laboral, tales como: procesos laborales, mercados laborales, contratos, empresas, empleos, ocupaciones, oficios, profesiones, etc. Vamos a referirnos solamente a dos de ellos que tienen un particular interés: los procesos y los mercados laborales.

Todo trabajo envuelve procesos laborales, realizaciones de esfuerzos con un interés y calidad variable en diferentes aspectos de producción dentro de unas condiciones tecnológicas específicas. La innovación en el trabajo consiste en alteración de los procesos de trabajo: cambiando intensidad y cualidad del esfuerzo, cambiando la aplicación del esfuerzo a diferentes aspectos de la producción y cambiando las condiciones técnicas. Pequeños ajustes de los procesos laborales se realizan incesantemente incluso en formas muy estandarizadas de producción: por una parte, los trabajadores maniobran entre sus propios intereses y los requerimientos de la

tarea; por otra, los trabajadores, los empleadores y los consumidores negocian sus acuerdos y desacuerdos sobre lo que hay que producir y cómo (pp. 23-24).

El mercado laboral se ha formado fundamentalmente bajo el capitalismo, sistema de producción en el que los que aportan el capital, respaldados por la ley y el poder del Estado, toman las decisiones cruciales referentes al carácter y a la localización del trabajo. En esta perspectiva capitalista, las opciones que se consideran legítimas para conseguir tener un bien son dos: hacerlo (convenciendo a otros para que lo hagan) y comprarlo. De esta manera, el mercado laboral divide el trabajo entre empleos permanentes, realizados dentro de empresas en competencia, cuyos propietarios y directores contratan y echan a los que ocupan los empleos, negocian con ellos las condiciones de su empleo, les pagan, supervisan su realización y se apropian de lo producido.

En el mercado laboral tenemos, por tanto, muy diferentes elementos: empleos (acumulación de contratos de trabajo asignados a una persona de manera formal y durable), empresas, trabajadores, empresarios, redes de empleo (de reclutamiento por los empresarios o de suministro por los trabajadores), salarios, contratos (conjunto de transacciones de trabajo organizadas y durables, realizadas entre un productor y un receptor, para determinar los derechos y obligaciones mutuos), ocupaciones (conjunto de empleos equivalentes), oficios (con una formación profesional formal o informalmente acreditada) y

profesiones (tareas con un cierto contenido basado en el conocimiento y con un cierto control de su realización desde fuera del mercado).

Se considera que el trabajo, aunque puede hacerse en solitario, depende en general de una transacción entre productores y receptores de valor añadido. Ésta se realiza en un campo donde existen unas tecnologías asequibles que conforman las posibilidades de producción. Adoptando las tecnologías más eficientes que se pueden conseguir, los propietarios y directores diseñan sistemas de producción que incluyen empleos para trabajadores. Se ofrecen los empleos, uno a uno, a los trabajadores más baratos que puedan desempeñarlos adecuadamente. Los trabajadores individuales ofrecen sus servicios a los empresarios que paguen el precio más caro a sus cualidades. Las empresas que no encuentran estas condiciones fracasan en la competición con otras que consiguen un coste inferior.

La organización social del trabajo cambia mucho de un sitio a otro y de un momento a otro; por eso, para vislumbrar el futuro es necesario hacer un análisis cuidadoso. Si conocemos bien cómo es el trabajo hoy y cómo ha cambiado desde situaciones anteriores, quizás seamos capaces de orientar las posibilidades del futuro, incluso ayudar a crear formas más deseables de trabajo. Esto es importante porque el tipo de tarea que la gente desarrolla, y a la que dedica un gran esfuerzo, afecta de manera clara a su bienestar dentro y fuera del trabajo.

Podríamos intentar resumir las conclusiones de los Tilly en los siguientes puntos:

1. Aunque hay una búsqueda de la eficiencia del mercado, no se debe subestimar la aportación de las redes sociales, la estructura de las organizaciones, la cultura, la historia y la acción colectiva (p. 246).

2. Habría que seguir investigando un modelo que tenga en cuenta sobre todo las transacciones entre los individuos más que a los individuos mismos. Tanto el trabajo como otras actividades se hacen en función de unos supuestos sobre las formas posibles de interacción.

3. Se considera que el mercado laboral funciona con unos empresarios y una fuerza de trabajo libres; sin embargo, tanto los trabajadores como los empleadores crean o incorporan con frecuencia barreras organizativas que dificultan el libre movimiento del trabajo: monopolios profesionales, organizaciones artesanales, redes de reclutamiento basadas en tipos especiales de emigrantes, estratos internos en la empresa, requisitos específicos para ser contratados y muchas cosas parecidas. Al detectar tales barreras nos damos cuenta que empresarios y trabajadores están en una continua negociación con acuerdos relativos a la organización y que se persiguen múltiples objetivos, además de los monetarios (p. 258).

4. Los trabajadores dedican diferentes grados de esfuerzo, de conocimiento y de aplicación al trabajo en función de las negociaciones entre trabajadores y empresarios. Aunque muchos de los acuerdos son colectivos y generales, hay muchos otros que tienen que ver con el tira y afloja del trato diario.

5. La lucha por la calidad y la eficiencia en la producción de bienes y

servicios tiene que ver sobre todo con la cultura y las redes de relaciones interpersonales. No está claro que el mercado competitivo sea la forma deseable y normal de conseguir la eficiencia.

6. Las remuneraciones recibidas dependen de una amplia serie de factores tales como: el poder de la empresa en el mercado; la cantidad invertida de capital por trabajador; el control que hayan conseguido los trabajadores de la empresa; el impacto de lo recibido por los trabajadores en el agregado de resultados de la empresa; la posible sustitución de ese impacto; la colocación de los trabajadores en las diferentes categorías más o menos favorecidas; las relaciones de los trabajadores con otros bien situados en algunos de los puntos anteriores; la naturaleza de las instituciones reguladoras en la empresa, en la rama industrial concreta o en las ocupaciones; la inercia en muchas de las configuraciones iniciales de los factores señalados anteriormente. Todos estos factores afectan a las remuneraciones por influir en las condiciones de trabajo en general.

7. Lo que produce la selectividad para la contratación y la promoción es en primer lugar la tendencia, dentro de la empresa, de los directores y de los trabajadores a crear grupos segmentados de tareas, caracterizadas por diferentes remuneraciones en función de su relación con el poder. Por otra parte, miembros de algunas redes transversales que cruzan los límites de la empresa —amigos, grupos de emigrantes o graduados en algunas universidades— organizan sus propios accesos preferenciales a

ciertos grupos de trabajo. La selectividad interna y externa se conjugan para reproducir la división existente.

8. La segmentación en diferentes mercados de trabajo tiene que ver con la eficiencia, con la historia de las negociaciones y con la propia inercia. Con frecuencia, el traslado de información se reduce a unas áreas residenciales, a unas razas o a unos tipos de emigrantes. La información sobre unos empleos disponibles llega a unos sitios y no a otros por las redes de relaciones existentes.

En la medida en que se tenga en cuenta todo lo dicho, es fácil considerar que los cambios en el trabajo no van a depender tanto de los avances tecnológicos y del mercado como de la compleja red mediadora de los procesos organizativos, muchos ligados a negociaciones contingentes. Por eso, para los Tilly, las especulaciones acerca del futuro del trabajo frecuentemente se mueven en un amplio abanico que va desde lo que las tecnologías podrían hacer posible a lo que está actualmente ocurriendo, con los ordenadores organizando y ejecutando todos los trabajos, a través de la tecnología de la comunicación que median todas las transacciones. Las predicciones más prudentes confían en la interacción entre tecnologías y mercados, con tecnologías de costo reducido desplazando a sus antecesoras más caras, pero sólo dentro de los límites de la demanda del mercado. «Aunque estamos de acuerdo en que la innovación técnica y la reorganización del mercado continuarán influyendo sobre el trabajo, como lo han hecho anteriormente, nuestro análisis

indica que los requerimientos de las organizaciones canalizan la adopción de las nuevas tecnologías y la transformación de rutinas de trabajo para acomodarse a ellos. La mayoría de los futuros técnicamente posibles no se materializan» (p. 263).

No podemos dejar de estar de acuerdo con ellos en que la mayoría de la gente continuará trabajando durante gran parte de su vida, simplemente porque la producción de valor añadido permanecerá para la mayoría de la gente como la única manera posible de adquirir los medios para obtener los bienes deseados; pocos vivirán del robo, la herencia, la bondad de la naturaleza o de la distribución autoritaria de la riqueza de otros. Tanto la cultura existente como las relaciones sociales, derivadas de una experiencia histórica acumulada, continuarán limitando las innovaciones en las formas de organizar la producción. La intervención de otros actores externos, como el gobierno y los propietarios, se mantendrá en influir a las organizaciones para el mantenimiento del trabajo. Más allá de la obvia continuidad, deberíamos buscar los cambios en el carácter del trabajo donde se den estas circunstancias: el poder de negociación de los diferentes grupos de productores y receptores cambie significativamente; nuevos actores intervengan en la producción de valor de uso; se disponga de nuevos modelos completos de organización, a través de la difusión y la intervención autoritaria; el relativo atractivo de la calidad, eficiencia y poder de los que controlan las organizaciones productivas se altere notablemente (pp. 263-264).

Termina el libro con un párrafo

que puede servir de muestra clarísima de lo que se pretende transmitir: «En conclusión, es improbable que el trabajo cambie masivamente de carácter en las próximas décadas, porque los trabajadores de bajos salarios de los países pobres compiten con sus primeros capitalistas en los negocios, porque los trabajadores capitalistas prefieren cambiar salarios por ocio o porque alguien invente el último mecanismo de ahorrar trabajo. Es probable que haya cambios a causa de que los circuitos internacionales de capital están ganando poder, porque los gobiernos están perdiendo su capacidad o propensión a reforzar los derechos establecidos de los trabajadores y porque las emigraciones de lugares lejanos están trayendo nuevos grupos de trabajadores a mercados laborales previamente cerrados. El cambio de las relaciones de poder tendrá mayor impacto que las nuevas tecnologías o las alteraciones en la eficiencia de los mercados. El carácter del trabajo bajo el capitalismo ha dependido siempre de esforzadas negociaciones dentro de los estrechos límites institucionales establecidos por las historias previas de acuerdos compartidos y de relaciones sociales. El futuro del trabajo continuará dependiendo de una lucha silenciosa, rutinaria, o abiertamente contenciosa» (p. 264).

Aun valorando muy positivamente esta última reflexión, debemos tener en cuenta que, como ellos mismos indican, los cambios realmente masivos en la calidad del trabajo, como los que se dieron en la Revolución Industrial, ocurren cuando la mayoría de estas transformaciones organizati-

vas llegan juntas. La posibilidad de que las nuevas tecnologías de la información sean capaces de producir cambios trascendentes depende de su utilización generalizada —todavía por ver, pero cada vez más cercana— y de que se dé lugar a que sus efectos se

realimenten. En la medida en que se den estas dos situaciones, será fácil que asistamos a grandes cambios en el trabajo que, afortunadamente, no van a significar su desaparición.

Antonio Lucas MARÍN

MARISA GARCÍA DE CORTÁZAR, JAVIER CALLEJO GALLEGO,
CONSUELO DEL VAL CID, LUIS ALFONSO CAMARERO RIOJA
y FÁTIMA ARRANZ LOZANO

El tercero ausente

(Investigación empírica sobre el papel de los adultos entre niños y televisión)
(Madrid, UNED, 1998)

La televisión es la institución cultural más paradójica de nuestras sociedades. Disfruta de un papel privilegiado en los rituales de la vida cotidiana, al tiempo que sobre ella se desatan toda suerte de valoraciones negativas acerca de su influencia psicológica y social. A diferencia del resto de medios de comunicación, acogidos al paraguas protector de las libertades públicas y siempre vistos como factores positivos para la democracia, la televisión ha concitado toda suerte de profecías agoreras acerca de su decisiva contribución a la extinción de los aspectos más valiosos de nuestra civilización. Este malestar en nuestra cultura es compartido por todo tipo de públicos, si bien no en todos ellos se expresa de la misma forma. El gran público (al que se dirige la televisión) lo hace resistiéndose a confesar todo el (prolongado) tiempo que pasa ante el televisor, así

como denigrando sus productos (que suele gustar con fruición). El otro público, el del mundo académico y en general el de los intelectuales, reacciona elaborando discursos apocalípticos sobre el porvenir de una cultura basada en elementos a los que se acusa de ser incapaces de estimular el pensamiento y, por el contrario, de excitar las más bajas pasiones. Los análisis rigurosos y acumulados sobre este medio son, por lo general, una rareza o pasan más bien desapercibidos a la atención de la opinión pública. De esta manera, se ha creado un paradójico sentido común: el que rechaza (formalmente) la televisión y al mismo tiempo se nutre de sus contenidos. Esta amalgama produce una indudable incapacidad para distanciarse críticamente de la televisión, y tan sólo permite (y no siempre) un uso de la misma regido por la mala conciencia. Difícilmente proporciona

habilidades para el trato con ella, dejando por tanto inerte al telespectador (al menos en el plano de la reflexividad) ante sus mensajes.

El libro que comento, *El tercero ausente*, confirma esta última aseveración, pero lo hace a partir de un riguroso análisis sociológico de cómo tiene lugar la recepción de la televisión por parte de los niños. Se plantean así varios de los grandes problemas que hoy tienen por delante las Ciencias Sociales, que por ahora se muestran más que remisas a enfrentarse con uno de sus retos teóricos y metodológicos más acuciantes. En efecto, si se tiene en cuenta la gran cantidad de tiempo que el niño pasa ante el televisor, es necesario averiguar qué sucede en esta interacción mediática. La respuesta más extendida (y fácil) aportada por los científicos sociales ha sido la de sumar a este tiempo el análisis de los contenidos emitidos por la televisión. En esta recuperación de las primitivas teorías sobre la comunicación de masas, ciertamente se hallará escasa luz para interpretar el fenómeno televisivo y sus aportaciones a la socialización. Son necesarios esquemas teóricos más complejos y procedimientos metodológicos más pertinentes. Las dos cosas se reúnen en este libro.

En efecto, el mismo parte de una crítica de las teorías e ideologías dominantes sobre la televisión, para plantearse a la audiencia infantil como activa en su relación con la televisión. En una perspectiva que integra enfoques previos (que, para resumir, van desde Katz y Lazarsfeld a los *Cultural Studies*), los autores se centran no tanto en el efecto de la

televisión cuanto en lo que con ella hacen los niños. Ahora bien, dado que éstos no tienen una autonomía consolidada, sus defensas son menores y están siendo simultáneamente sometidos a la influencia socializadora de familia y escuela, hay que poner de relieve el indudable papel mediador que padres y maestros desempeñan en las relaciones de los niños con la televisión. La investigación se plantea como objetivo la articulación entre la influencia percibida de la televisión y la consideración que padres y educadores tienen como fuentes de influencia en la interacción de niños y jóvenes con la televisión. A partir de la influencia que estos adultos perciben que ejerce la televisión, se pretende conocer las estrategias que ponen en funcionamiento para controlar o mediar sobre tal influencia.

De conformidad con las creencias sociales sobre la televisión asumidas por padres y maestros, éstos tratan de mediar en el comportamiento de los menores a través de mandatos. El mandato es un precepto emitido por un superior hacia un inferior al que trata de influir en su comportamiento. Es una forma de poder, que padres y maestros ejercen en contra de la influencia de la televisión. La metodología de la investigación ha sido diseñada precisamente para poner de relieve estos mandatos. A tal efecto se han empleado técnicas cualitativas: la entrevista en profundidad realizada en los contextos vivenciales. Un diseño reticular ha permitido cruzar las entrevistas para así poder contrastar lo dicho por un sujeto por lo declarado por los otros. La muestra obtenida está constituida por 196

sujetos (84 niños, 84 padres y 28 maestros).

Los resultados del estudio podemos agruparlos en tres grandes bloques: el lugar de la televisión en la familia y en la escuela, los mandatos y las relaciones entre los tres agentes intervinientes (padres, maestros y niños). Un primer acercamiento al tema es el panorama que el libro nos dibuja de la televisión dentro de la familia. La individualización de las relaciones intrafamiliares afecta también al trato con la televisión, que se ha hecho igualmente más individualizado. Si bien es verdad que el espacio y el tiempo domésticos se organizan en torno a la pequeña pantalla, no lo es menos que rara vez toda la familia se reúne para ver televisión. El momento para ocuparse de ella no es el resultado (como a veces se supone) de la lógica de la negociación, sino de la lógica generacional. Cada grupo de edad tiene sus tramos horarios específicos. Con lo que los niños, como los adultos, ven la televisión a solas y con autonomía. Las primeras horas de la mañana es para los niños: se despiertan con la televisión. La noche es para los adultos. El conflicto, de presentarse, es por la tarde. El caso de la escuela es distinto: no suele estar físicamente presente el televisor, pero tampoco es una realidad de la que se hable; o se ignora o, si se la trae a colación, es para poner en guardia a los colegiales por sus supuestos efectos negativos en el rendimiento escolar. De esta manera, la escuela se distancia todo lo que puede de la televisión.

Los mandatos que los adultos dirigen a los niños pueden ser de dos

tipos: o prescripciones (de carácter positivo, que en este caso estribarían en aprovechar con fines educativos determinados programas y espacios) o prohibiciones. La forma de mandato ideal es la prescripción argumentada. Pero dada la creciente individualización de las relaciones y el escaso conocimiento de los contenidos televisivos que manifiestan los adultos, no suele aparecer la misma. Lo que los padres buscan, en definitiva, es la «evitación» de la televisión por medio de sumergir al niño en otras actividades alternativas (que por lo general consisten en la prolongación de la jornada escolar). Dentro del hogar, es la madre quien asume el principal protagonismo a la hora de producir mandatos destinados a encauzar las relaciones de sus hijos con la televisión. Los mandatos de los padres adoptan tres formas de intervención sobre sus hijos: 1) El heterocontrol, propio de las clases medias menos acomodadas, en el que los padres entienden que deben vigilar y controlar mediante imperativos explícitos el uso de la televisión por parte de los niños. 2) El autocontrol, que aparece en los estratos altos de las clases medias y que es a la vez el horizonte ideal deseado por los enseñantes. 3) El descontrol, del que se acusa a los enseñantes. En general, hay más mandatos de las clases medias que de las populares, con lo que vemos emerger como un factor explicativo importante el de la estructura social.

En fin, las relaciones entre los tres agentes aparecen plagadas de contradicciones y complejidades. Entre padres y educadores se abre un gran abismo. Los padres mitifican el papel

del maestro en la educación audiovisual de sus hijos. Un papel que, como la investigación señala, es irrelevante. Entre educadores y niños aparecen sólo mandatos de carácter negativo que subrayan los peligros físicos de estar mucho tiempo delante del televisor y que ponen de relieve la desinformación de las potencialidades educativas del mismo. Los padres sobre los niños mantienen una curiosa relación: niegan que sus hijos sean teleadictos, y tan sólo ven el problema en los niños de los demás. Los peligros solamente los sitúan en la influencia de la publicidad, a la que responsabilizan del incremento de las expectativas de consumo de sus retoños. Consiguientemente, los padres piden una reducción de la publicidad en televisión (y también de la violencia). Los padres, en cualquier caso, ven en la televisión un poderoso instrumento para el desarrollo del niño. Los profesores, por el contrario, encuentran en ella un enemigo que interfiere y dificulta su socialización. Para los niños, la televisión es un don, un regalo siempre vivo y estimulante del que obtienen gratificaciones inmediatas.

La conclusión general de este libro es que, frente al discurso apocalíptico dominante sobre la televisión, la familia y la escuela apenas desarrollan actitudes y comportamientos que permitan mediar o interferir en tan perjudicial influencia. Los adultos están ausentes, y el niño ha de habérselas en solitario con la televisión. «Si se considera a la televisión como un notable enemigo en la educación y el desarrollo del niño —concluyen los autores—, tal vez lo mejor sea unirse a él y utilizar el medio y la relación

del niño con el medio para formarle en la recepción crítica de los mensajes televisivos y, en definitiva, de los mensajes del mundo. Si no se considera como tal enemigo a la televisión, es mejor callarse y dejar que niños y adolescentes disfruten cuanto puedan con el medio.»

El libro en su conjunto es, tal y como acabo de sintetizar, una valiosa aportación a la investigación de comunicación de masas desde la perspectiva sociológica. Tiene, además, la ventaja de recuperar el papel protagonista de los sujetos frente a las tesis dominantes de las estructuras ciegas o de los mensajes autorreferidos. La perspectiva se desplaza aquí de los esquemas culturalistas que privilegian los discursos a las prácticas sociales y al sentido de las mismas. Una contribución por parte doble: un rico aporte de información empírica (del que siempre está necesitada la Sociología) y un enfoque teórico que enlaza con los modelos teóricos más consistentes en la tradición sociológica.

Este libro ha de ser un claro referente de ulteriores investigaciones que continúen desbrozando el terreno aquí roturado. En razón de esta virtualidad, me voy a permitir añadir algunas que se derivan de los ricos resultados alcanzados por Marisa García Cortázar, Javier Callejo, Consuelo del Val, Luis Alfonso Camarero y Fátima Arranz. En primer lugar, la importancia y conveniencia para el análisis de esta complejidad de emplear más de una técnica de investigación. En concreto, la observación, que puede permitir conocer con más aproximación la circulación de los mandatos. Igualmente puede

ser útil el grupo de discusión (padres y profesores) para hacer aflorar las relaciones entre los agentes socializadores.

Un segundo aspecto importante que requiere de ulteriores indagaciones es el referido a la producción de los mandatos: cómo padres y maestros elaboran sus imperativos sobre la televisión. Poner de relieve este extremo ha de aportar bastante luz acerca de sus comportamientos mediadores entre niños y televisión. Son varias las hipótesis que a tal efecto pueden plantearse: desde la falta en los mismos de una cultura audiovisual hasta la que se refiere a las estrategias de la televisión en sus relaciones con la familia y la escuela. Es interesante en este caso dar cabida a un «tercero presente pero no visible», que es el agente mediático (en tal categoría incluyo a periodistas y creadores en general de productos televisivos).

De lo anterior se desprende un tercer ámbito de análisis que el libro deja abierto: el de cómo aliarse con la televisión para controlar el uso que de ella hacen los niños y los efectos que sobre ellos puedan producir sus mensajes. Ello nos remite no sólo a las acciones individuales que cada agente educador o cada institución concreta (familia y escuela) sean capaces de llevar a cabo, sino de las posibilidades que tiene la esfera privada de mantener unas relaciones equilibradas con una esfera pública como es la televisión.

Queda, por último, un amplio espacio para el debate y la discusión teórica a partir de datos e informaciones tan sugerentes como los propor-

cionados por este libro. Un debate que ha de integrar a la televisión dentro de una teoría más amplia sobre la modernidad. Al menos se me ocurren las siguientes dimensiones como directamente afectadas por la presencia de la televisión en las agencias tradicionales de socialización, tal y como describe este libro. En primer lugar, la redefinición del yo y de la experiencia a partir de la individualización que propicia el uso televisivo. En segundo lugar, el cambiante espectro de roles de los padres en virtud de la presencia del hogar de una institución que reorganiza la vida del hogar y obliga a plantearse lo inmediato desde ópticas múltiples (y heterogéneas). En tercer lugar, la confrontación escuela y televisión implica la confrontación de procesos de racionalidad diversos y cuya resolución es por hoy incierta.

Si para las Ciencias Sociales el presente libro tiene resultados (y virtuales) sustantivos, no menos los tiene para los propios agentes implicados en su análisis. La imagen que de ellos proporciona puede hacerles conscientes de su «ausencia», proporcionándoles claridad conceptual para plantearse con realismo y rigor algunos de los principales problemas que les atañen como agentes de socialización. No es el menor de ellos el que se refiere a esa «tentación de la inocencia» en virtud de la cual sólo son capaces de reconocer las fuentes de los problemas en los otros, y no en la propia asunción de sus propias responsabilidades.

Félix ORTEGA

M.^a JESÚS FUNES RIVAS

La salida del silencio. Movilizaciones por la paz en Euskadi, 1986-1998
(Madrid, Akal, 1998)

El estudio sobre las movilizaciones por la paz en Euskadi en los últimos años, y especialmente el estudio sobre los movimientos sociales Gesto por la Paz y Elkarri, afrontaba un reto muy singular. El *constituir una auténtica primicia en el estudio de este tipo de movimientos*. Mientras viejos (movimiento obrero y, en cierto modo, movimientos nacionalistas) y ya no tan nuevos (feminismo, ecologismo, antimilitarismo) movimientos sociales tienen—y mantienen— una extensa, casi exhaustiva, atención académica, otros movimientos, entre los que se halla el objeto de este libro, han merecido escasa atención.

Deberíamos incluir a estos movimientos sociales por la paz en una categoría de movimientos a la que podemos denominar como movimientos por la solidaridad. En ellos la solidaridad no es sólo, como en los demás movimientos, una forma de hacer y ver el mundo (acción y cosmovisión) solidaria, sino que *la solidaridad constituye el objetivo, el horizonte del movimiento*; el movimiento pretende que prioritariamente sean los Otros los que se beneficien de Su acción. En el genérico conjunto de los movimientos sociales, representados y beneficiarios de la acción presentan límites borrosos, pero en cualquier caso los protagonistas de las movilizaciones también se benefician directamente y visiblemente de los éxitos de las mismas. En los movimientos por la solidaridad, en los movimientos en favor del tercer

mundo y de los emigrantes, en los movimientos antirracistas, la satisfacción de intereses de aquellos que se movilizan resulta, al menos, escasamente visible. Y dentro de estos movimientos tienen una especial relevancia aquellos dirigidos a restablecer la paz —la paz que ha sido vulnerada mediante la muerte decidida por razones «políticas»— de unos Otros (otros pasados y previsiblemente también unos otros en el futuro).

Creemos que la investigación sobre el fenómeno de algunos de estos movimientos, en concreto, por ejemplo, a los dedicados a la cooperación al desarrollo, ha recibido una atención comparativamente irrelevante a su espectacular crecimiento. Pero alguna han tenido. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, éste es el primer estudio con pretensiones científicas —rigurosa base empírica, coherencia y amplitud de variables estudiadas— que se presenta.

La autora supera con creces este reto. Porque consigue definir y precisar aquellos aspectos fundamentales, tanto en la caracterización como en la descripción del proceso —nacimiento, consolidación, éxitos, retos—, de estos movimientos, y en concreto del movimiento Gesto por la Paz y el movimiento Elkarri. La autora no se limita a narrarnos, a describir quiénes son, qué es lo que pretenden y cómo tratan de lograr sus objetivos. Su análisis es más profundo. Pretende ir más allá y responder a la pregunta de por qué los movimientos son como son y

hacen lo que hacen. Así, por ejemplo, se describen las *redes nutrientes* de ambos movimientos, cómo unos (Gesto) asientan su opción en anteriores compromisos, en la cultura compartida del espacio eclesial cristiano, y cómo en otros (Elkarri) sus orígenes deben buscarse, prioritaria aunque no exclusivamente, en el espacio de la izquierda abertzale. En este punto resulta muy sugerente la descripción de las divergentes valoraciones de los militantes de Elkarri de su experiencia en las distintas organizaciones del nacionalismo radical y de las mayores o menores distancias que, desde una genérica posición de disidencia, mantienen hoy frente al mismo. Este ahondar las fuentes, los afectos, las vivencias compartidas, las lealtades, los marcos de interpretación del mundo en los que surgen estos movimientos, nos da cuenta de forma mucho más rigurosa sobre las causas de una u otra opción y de los propios estilos de las movilizaciones.

También en esta línea de superar las apariencias, resulta atractivo el análisis que se hace del *escenario de las movilizaciones por la paz*, especialmente en el caso de Gesto; los mecanismos (hilvanados en los procesos de la psicología social y de la comunicación de masas) por los que esos rutinarios actos de verdadera resistencia logran multiplicar sus efectos en la opinión pública.

Como no podía ser de otra manera, la autora se ve obligada a tratar de forma muy sintética los contextos políticos generales; el papel del nacionalismo en el País Vasco, la evolución de HB, las transformaciones de la sociedad vasca, etc. Pero resulta sor-

prendente lo preciso y adecuado que resulta su acercamiento a este complicado panorama. Y creemos que ello es así porque la autora ha decidido no fiarse de clichés y estereotipos y ha tratado de describir lo que pasa en el País Vasco desde el propio país. Ello la honra.

La honradez del texto se manifiesta también en la seriedad científica con la que se aborda el estudio. El sistemático uso de diversos tipos de entrevistas como, sobre todo, el método de la observación participante (especialmente pertinente para estos casos) nos narra de forma articulada y coherente —y también poliédrica— las distintas realidades de estos movimientos; desde los anhelos y angustias cotidianos de sus activistas hasta la formulación de sus grandes proyectos estratégicos. Y como el trabajo tiene cimientos científicos, la autora está en condiciones de hacer lo que se supone debe hacer la ciencia, es decir, *predecir*, a partir de la observación rigurosa y ordenada de los acontecimientos, lo que, al menos con ciertas probabilidades, puede ocurrir en el futuro.

Resulta llamativo observar en este sentido cómo los últimos acontecimientos han confirmado alguna de las hipótesis predictivas del texto. Elkarri, como señala la autora, ha sido un *privilegiado referente* discursivo/ideológico en la evolución de HB; hoy parece afianzarse en el seno del nacionalismo radical la elección (ya más estratégica que táctica) de que un proceso de diálogo y eventual cambio del marco político sólo es posible en un contexto de no violencia, tal como siempre reiteró Elkarri. Y también

debe constatarse cómo las últimas acciones y declaraciones conjuntas de Gesto y Elkarri confirman esa tendencia a la *complementariedad* de ambos movimientos, detectado por la profesora Funes.

El libro en cuestión tiene afirmaciones discutibles y, por supuesto, insuficiencias. Pero, y lo que sigue no es retórica, creo que tales defectos no son nada relevantes y en modo alguno desmerecen el excelente —y sobre todo valiente— trabajo de la autora. Si a continuación menciono alguno es para así abrir pistas para futuros trabajos.

Apunto una valoración que merece ser reconsiderada; aquella que, en el capítulo dedicado a la transformación de la izquierda abertzale, describe la evolución de las relaciones entre HB y la violencia de ETA. La autora, en base a una serie de testimonios, indica que en los años ochenta militar en HB no exigía tener una posición favorable respecto las acciones de ETA y que, por el contrario, en los años recientes tal lealtad debía ser formulada de forma incondicional. La cuestión debe ser matizada. Efectivamente, en aquellos ochenta la mayor legitimación —o al menos tolerancia social— respecto a ETA podía permitir a los activistas de HB mantener ciertas distancias frente a la organización armada; pero tal flexibilidad discursiva, expresión de tiempos más «relajados» para HB, en modo alguno debe interpretarse como que ETA no constituyese el referente central de la izquierda abertzale. ETA, desde la transición política y al menos hasta 1998, *constituyó el centro simbólico... y estratégico de toda la izquierda abertzale*.

Resulta inevitable que un libro así

no pueda profundizar en todos los aspectos relacionados con los movimientos sociales en general y con estos dos en particular. Por eso, creo que las insuficiencias que a continuación indico son sobre todo indicadores de futuros desarrollos.

Creo, por ejemplo, que la estructura de oportunidad política, y la *relación interactiva que se ha dado entre los movimientos y esa misma estructura*, merecen un tratamiento más extenso. Así, en concreto, debería analizarse con más extensión cómo tanto el sistema de alianzas como el de élites han sufrido, en los últimos años, sensibles variaciones en favor de la capacidad agitadora de los movimientos.

Ello ha sido especialmente notorio en el caso de Elkarri. Este movimiento consiguió en los últimos años que el conjunto de los partidos políticos democráticos transformase en apoyo su inicial desconfianza; ello supuso que al menos los partidos nacionalistas moderados y algunos partidos estatales (IU) empezasen a considerar que la paz implicaba, ciertamente, el cese de la violencia pero también diálogo político. Y, al mismo tiempo, las alianzas se extendieron hacia movimientos culturales y sindicales que entraron en un decidido apoyo a las demandas de distintos movimientos por la paz.

En el cambio en el sistema de élites debería destacarse el desplazamiento estratégico del PNV; desde liderar, junto con todos los demás partidos, incluidos los estatales, un estricto e incondicional frente anti-ETA, hacia proponer el cese de violencia pero también una simultánea apertura de negociaciones políticas.

Y una consideración final que estoy seguro que la autora comparte conmigo. Quizá si se hubiese dilatado un poco más la aparición del libro se pudiese haber tratado a fondo algo que sólo se apunta al final del texto. Algo tan sustancial como la relación de causalidad entre las movilizaciones y discursos de estos movimientos y el cese de la violencia de ETA, formulado en la ya —afortunadamente— lejana fecha del 18 de septiembre. O quizá, para ser

más exacto, el poder determinar *la posición jerárquica que han tenido movilizaciones en el conjunto, en la cadena de causas que han generado el cese*. Tratar algo tan poco estudiado en los movimientos sociales como los *efectos* de sus acciones. Creo que éste es un reto analítico que debe ser asumido. Y creo que la autora está en inmejorables condiciones para hacerlo. La esperamos.

Pedro IBARRA

PIERRE BOURDIEU

La **domination masculine**

(París, Seuil, 1998)

Nada ha sido dado. Guardar la perspectiva histórica parece un eje central cuando abordamos el binomio Ciencias Sociales y Género. Para quienes hemos dedicado parte de nuestro esfuerzo intelectual a trabajar en ese binomio, no podemos sino calificar de apasionante el camino recorrido y felicitarnos del punto en que nos hallamos¹.

Los Estudios de Género han logrado legitimarse académicamente en menos de una década². De ser un

tema menor, que tomaba por objeto de estudio aspectos de la vida social invisibles para la mirada «androcéntrica y leviatanesca» del *Homo Academicus*, que, sin embargo, eran problemas relevantes tanto de la vida social como en el plano del conocimiento, dichos Estudios han pasado a constituir la línea más pujante, y en muchos casos brillante, de las publicaciones en Ciencias Sociales. No hay que obviar al respecto la fuerza que otorga a los Estudios de Género, tanto en el pasado como en el presente, el contar con un movimiento social (el feminismo en sus distintas vertientes) que ha logrado imponer la lucha por la igualdad entre géneros

¹ Por sólo citar un ejemplo, próximo en el tiempo y en el espacio, en el reciente Congreso Nacional de Sociología (A Coruña, septiembre de 1998), la Sesión de «Sociología del Género» fue una de las más concurridas de *papers* y público.

² También es elogiada la apertura a un programa de Doctorado de Género, que se imparte con éxito ya durante tres cursos, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Si

bien su legitimación en la Universidad española aún debe recorrer el amplio trecho que separa a estos Estudios de su *status* en las universidades anglosajonas.

como una *sensibilidad social generalizada*, al menos en el área de los países occidentales.

Pues bien, los grandes «clásicos» actuales de las Ciencias Sociales (y/o autores de renombre) se han sumado a esta sensibilidad. La importancia del tema Género es subrayada en los libros de Giddens, Ritzer, Lipowsky... y Bourdieu³.

Este pequeño libro, *La dominación masculina*, se compone de tres partes: la primera analiza la construcción social de la masculinidad y la femineidad, aportando a este respecto sus observaciones de campo en la sociedad Kabyla; la segunda se centra en el juego de espejo, imágenes recíprocas de la visión masculina y de la visión femenina; asimismo, de la visión social impuesta de la masculinidad como «nobleza»; la tercera parte se centra en lo que permanece y en lo que cambia en torno a este fenómeno social. El libro termina con un *post-scriptum* sobre la dominación y el amor y un anexo que trata de «Algunas cuestiones sobre el movimiento Gay et Lesbien».

La obra no es original en el tiempo, puesto que recoge (como en otras ocasiones) trabajos publicados en 1990 en la revista *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* (núms. 84 y

ss.), revista del Centre de Sociologie Européenne que el autor suele utilizar como primera presentación de sus trabajos (y/o primeros borradores), así como de los trabajos de un brillante equipo de investigadores como Jean Claude Combessie, Monique de Saint Martin, Francine Muel Dreyfus, Remi Lenoir, A. Sayad, entre otros, que colaboran con el autor.

En mi opinión, el eje que vertebra estos escritos es el análisis de lo masculino, como generador de violencia simbólica. La dominación masculina puede definirse como el arquetipo de la violencia simbólica; ella es todo poder que logra imponer significaciones e imponerlas como legítimas, disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza; en definitiva, añade la fuerza simbólica a las relaciones de fuerza. La violencia simbólica se logra a través de una errónea apreciación de la realidad. En este caso, hombres y mujeres reconocen la dominación masculina como el orden social de la vida. En las sociedades antiguas, *los juegos de honor y guerra*, la fuerza física, forjaban la escala social de valor impuesta por los hombres. En las sociedades modernas se puede encontrar una situación paralela, en la que ambas a un tiempo, la discriminación social y sexual, perpetúan el reconocimiento social de la superioridad de los hombres del grupo dominante en los «juegos» de la política, la ciencia, el arte, etc. El *status* de inferioridad casi universalmente adjudicado a la situación de las mujeres está basado en la asimetría de los *status* asignados a los dos sexos en la economía de los intercambios simbólicos. La liberación de las mujeres

³ Éxito en Francia del libro (y también fragor de voces críticas). Pero cabría preguntarse: ¿quién vende, Bourdieu o «las mujeres»? En este caso, ambos factores convergen en el éxito, pero no olvidemos el «tirón», muchas veces oportunista, de los libros sobre «las mujeres», que, por otro lado, refleja o es síntoma del fenómeno fin de siglo más espectacular en el mundo occidental: el cambio social por género.

puede venir sólo a través de una revolución simbólica que ponga en cuestión la real fundamentación de la producción y reproducción del capital simbólico y, en particular, la dialéctica de «distinción», que es el principio que guía la producción y consumo de los bienes culturales tratados como signos de distinción.

Todo lo anterior es un extracto de la sociología bourdiana al respecto. En propias palabras del autor: «El sexismo es un esencialismo, como el racismo, de etnia o de clase. El sexismo imputa las diferencias históricamente instituidas a una naturaleza biológica que funciona como una esencia de donde se deducen implacablemente todos los actos de la existencia. Y entre todas las formas del esencialismo, el sexismo es sin duda la más difícil de desarraigar (...) La grandeza y miseria del hombre en el sentido de *vir* es que su *libido* está socialmente constituida como *libido dominante*, deseo de dominar a los otros hombres y, secundariamente, a título de instrumento de lucha simbólica, a las mujeres»⁴.

Todo ello explica cómo en círculos de alta cualificación profesional⁵,

⁴ P. BOURDIEU, «La domination masculine», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 84, septiembre 1990. Virilidad y clases sociales, feminidad y clases sociales es un objeto de investigación absolutamente relevante, a nuestro juicio. El autor citado tiene importantes observaciones sobre ello. Vid. P. BOURDIEU, «Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo», en VV.AA., *Materiales de sociología crítica*, Ed. La Piqueta, Madrid, 1986.

⁵ Distintos organismos públicos (Instituto de la Mujer, CIS, etc.) están financiando como tema de investigación «Mujeres y

donde los *curricula* masculinos y femeninos están igualados, no obstante, los hombres sigan obteniendo las mayores y mejores ventajas profesionales, los mejores puestos de dichos círculos, y las mujeres sean en ellos *élites discriminadas*⁶.

¿Cómo y por qué persiste el patriarcado en Occidente actualmente? Ésta es una pregunta clave. A ella tratan de responder muchas obras. Destacamos la respuesta de A. G. Jónásdóttir, en convergencia con Bourdieu:

*«Los hombres constituyen la especie con valor efectivo. (...) Las estrategias feministas para el cambio deben construirse sobre el análisis de los intereses de las mujeres, en vez de sobre la complementariedad de géneros, que tiende a infravalorar las relaciones de poder implicadas»*⁷.

En un estilo muy diferente, sin embargo, la autora está haciendo el mismo diagnóstico que Bourdieu: las

Poder», u obstáculos de las mujeres profesionales. En mi opinión, *la agenda actual de la investigación* en este área pasa por estos dos flancos paradójicamente extremos: el privado, con el tema de la *democracia en la vida privada*, y el público, con el tema de la *democracia en la vida pública* (académica, política, etc.). Ésta es la agenda que también contempla la última obra de V. CAMPS, *El Siglo de las Mujeres*, Ed. Cátedra, Madrid, 1997.

⁶ Aludo aquí al *fenómeno* de sobreselección social y su efecto: *Élites discriminadas (Sobre el poder de las mujeres)*, analizado en mi obra bajo ese título, Ed. Anthropos, Barcelona, 1994.

⁷ A. G. JÓNASDÓTTIR, *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la Democracia?*, Ed. Cátedra, Madrid, 1993, pp. 316, 317 y ss.

mujeres entran en la dialéctica de la *distinción* más como objetos que como sujetos⁸. Anna Jónasdóttir, sin mencionar el término violencia simbólica, habla también de cómo «el excedente de valoración invertido en los hombres los dota de *autoridad* masculina (...) y esta autoridad tiene la apariencia de no ser masculina, sino humana en general y generada exclusivamente de los méritos logrados de forma individual»⁹.

Quien quiera saber más, lea a Bourdieu (pronto a ser traducido al castellano por la Editorial Anagrama) y a la legión de autores/as que están dedicando un esfuerzo tal a desvelar «la dominación masculina» que en escasas décadas han constituido una *especialidad* nueva en las Ciencias Sociales. Bourdieu no está solo.

M.^a Antonia GARCÍA DE LEÓN

PETER KOSLOWSKI, DERRICK DE KERCKHOVE y JEFFREY C. ALEXANDER
L'etica civile alla fine del XX secolo
 (Milán, Editorial Mondadori, 1998)

El siglo XX ha servido de marco temporal a una serie de dramas históricos sin precedentes. Se han sucedido dictaduras, guerras mundiales, grandes exterminios, crecientes manipulaciones, que han llegado incluso al desprecio de la vida humana. Después de los éxitos conseguidos en las dos centurias pasadas, la ética civil moderna ha mostrado enormes lagunas y, en las últimas décadas, ha entrado en una crisis sin precedentes. Muchos la siguen ensalzando como fuente de libertad o igualdad, e incluso también de solidaridad (aunque esta última sea menos evidente). Sin embargo, es necesario admitir que la ética civil específicamente moderna, aunque ha contribuido a liberar al individuo de los vínculos coercitivos de la comunidad y ha introducido

más igualdad mediante el *Welfare State*, ciertamente no ha sido la protagonista de este siglo. El proceso de civilización parece sometido actualmente a un fuerte retroceso, al tiempo que se manifiestan decisivas involuciones que introducen el problemático ingreso en la era postmoderna. Incluso hay quien habla de una radical crisis de la civilización, concretamente de la europea moderna.

Seguimos debatiendo sobre la ética civil, cuando ésta parece que se ha volatilizado. El resultado de este déficit es el pago de gravosas consecuencias que se manifiestan en una amplia variedad de formas y ámbitos. Especialmente, en el deterioro de las relaciones sociales con el desarrollo de comportamientos no civilizados, con la difusión de pobreza humana de todo tipo. ¿Podemos pensar en una ética civil que permita afrontar los dramas y los dilemas del siglo XX?

⁸ *Ibid.*, p. 31.

⁹ *Ibid.*, p. 119.

Los tres ensayos que se recogen en este libro diseñan unas pretendidas respuestas, que son al mismo tiempo tres escenarios de sociedades posibles. El primer escenario nos propone una reanudación de la conciencia civil como conciencia del bien común (político) de una sociedad perfectamente articulada. El segundo escenario es el de la sociedad de la información, que haría a los singulares individuos, y a los sistemas en que están insertados, más libres y responsables, de conectarse en redes artificiales mediante las que construir un nuevo mundo comunicativo. El tercer escenario es el de una sociedad capaz de rehumanizar los ideales de la modernidad, rechazando ese racionalismo uniforme e individualista que ha alterado tanto el reconocimiento de las justas diferencias entre los hombres como la valoración de la dignidad humana, de la concreta persona ubicada en el espacio y en el tiempo. Estas propuestas no se excluyen entre sí. En buena medida podemos considerarlas complementarias.

El ensayo de Koslowski, titulado «La sociedad civil en la época postmoderna», tiene como punto de partida la siguiente constatación: la situación postmoderna está caracterizada por el fin de las ideologías y la pérdida de la confianza en un progreso definido por el Estado social, que históricamente ha sido el fundamento de la ideología comunista. Sin embargo, afirma Koslowski, el fin de las ideologías no sólo alude a la ideología del Estado sin sociedad civil, también incluye (aunque a menudo se olvida) a la ideología liberal, para la que podría existir una sociedad civil sin

Estado o con un poder político muy débil. En la era postmoderna, ésta es la tesis del profesor de Hannover: es necesario encontrar una alternativa válida a la concepción anarco-liberal de una sociedad civil privada de Estado. El concepto de «ética civil» re-adquiere sentido en cuanto expresión de una filosofía social que comprenda la sociedad civil de la economía de mercado, el Estado democrático de Derecho y el Estado social, así como la Iglesia, que representa lo absoluto en la historia.

El dualismo entre sociedad civil y Estado es considerado por Koslowski como el producto de un dualismo que recorre la historia europea, concretamente entre Iglesia y Estado. Un orden social libre, que sepa distinguir entre sociedad civil y Estado, para poder desarrollarse necesitaría de una diferenciación entre sociedad civil, Iglesia y Estado, ya que ninguna de estas tres instituciones puede asumir correctamente los objetivos de las otras dos. Desde una visión (filosofía social) orgánica del bien común («política» en cuanto alusiva a la *polis*, y no solamente al Estado, que debe ser considerado una estructura al servicio de la *polis*), el concepto de sociedad civil es presentado como un *ethos* que debe articular las relaciones entre sociedad civil, Iglesia y Estado.

Según Koslowski, tal filosofía social aparece con Aristóteles, y puede ser redescubierta desde una visión neoaristotélica de la sociedad civil entendida como «comunidad política», es decir, una comunidad que se constituye políticamente como forma más elevada en la secuencia que conecta las singulares formaciones sociales,

desde las más pequeñas (la familia) a las más grandes (el Estado). La ética civil, argumenta el autor, es una ética del contrato social, pero no de un contrato mercantil. Sólo se trata de un contrato por analogía, en cuanto que expresa la eticidad de lo social. Es en este punto donde se pone de manifiesto la contraposición entre la ética aristotélica y la ética jacobina, ésta última rectora de la edad moderna. En la postmodernidad, sostiene el autor, muere la concepción jacobina de la sociedad civil. La situación postmoderna reorienta la sociedad a la ética y a la cultura, incluso a la ideología. Por tanto, es necesario redistinguir la naturaleza y las funciones de toda subjetividad social (desde la familia a las comunidades locales e interpersonales, al Estado y a la Iglesia) «dentro» de la sociedad civil, entendida como ética común. La ética civil parecería como el elemento unificador que podría articular las diversas esferas según un principio de subsidiariedad, principio que procede de una demanda elevada o baja de Estado (social). En esta visión, la subsidiariedad es presentada como el principio coordinador de la sociedad civil.

Dicho brevemente, Koslowski relanza un planteamiento modernizado de la clásica ética civil. Pero se subraya la diversidad, que él posiblemente minusvalora, con respecto al pensamiento de Aristóteles. El principio moderno de subsidiariedad es y dice algo más que el orgánico aristotélico. Plantea que las comunidades de orden superior deben promover, y no sólo defender, la autonomía de las comunidades más pequeñas. Deben

activarlas y no limitarse solamente a respetarlas. Por este motivo es necesario una visión más moderna de la civilización. En mi opinión, la diferencia no es captada plenamente por Koslowski. Posiblemente, el motivo reside en su dura crítica a la visión jacobina de intervención del Estado como voluntad colectiva que prevalece sobre los privados, olvidando la consideración de otras versiones modernas de la ética civil, en concreto las liberales, desde aquella de los ilustrados escoceses hasta Tocqueville.

Su perspectiva revela un problema de fondo: si la sociedad civil, con su ética, representa el «todo» que sostiene a las diversas partes (las articulaciones de la sociedad), ¿cómo es posible evitar la coincidencia con el Estado, al que se suele representar —desde Hegel— como el centro, el vértice, la síntesis de la sociedad? El tipo de ética civil que Koslowski plantea debería evitar la coincidencia de lo político con el Estado. Dicho en otros términos, necesita una visión no moderna de la política. Ésta tendría que tener en cuenta tanto las fragmentaciones provocadas por la modernidad como los problemas del pluralismo social y cultural. Por tanto, debería saber traducirse en una concepción pluralista de la sociedad que asimilara la concepción moderna del asociacionismo civil a lo *Tocquevilliano*, más que la concepción corporativo-medieval usualmente ensalzada por la tradición aristotélica.

En el ensayo titulado «Los nuevos media y la sociedad civil», Derrick de Kerckhove considera el problema de la ética civil en la postmodernidad como problema ligado al desafío tec-

nológico de los nuevos medios de comunicación y de información. Estos últimos ya no son medios de «*masas*» como la televisión, sino medios al mismo tiempo más individualizados y sistémicos, es decir, «*reticulares*». Para el profesor de la Universidad de Toronto, la ética civil sería un saber ubicarse en la «*economía de las redes*» mediológicas, un saber encontrar el propio lugar como persona en el mundo de la información, y por ello de la cultura, que, de red en red, se «*globaliza*».

El punto de partida de De Kerckhove es el siguiente: ¿qué civilización producimos con los *new media*? Estamos ante una invitación que nos hace olvidar la ética referente a las «*cosas*», a los productos, a los puestos de trabajo, a las estructuras y a los resultados tangibles, y entrar en la era post-radiofónica y posttelevisiva. Ésta ya no sería alfabética, analógica, simbólica y lineal, sino cibernética, digital, perceptiva, sensitiva, no lineal. En ella se diseñaría una sustancial coincidencia entre realidad y mente (*mind*).

Si todo esto no fuese una realidad, el desafío podría interpretarse como una provocación. Por este motivo, De Kerckhove dibuja un escenario que ya existe. Su propuesta pretende enfrentarse a esta nueva economía global en la que circula «*dinero*» (en la forma de medio de intercambio comunicativo, y no simplemente como moneda), más de cuanto ha circulado en la historia humana. Los peligros de la mercantilización son evidentes. Pero De Kerckhove se muestra optimista: mientras que la era de la televisión y de los viejos *media* ha sido una época totalitaria (por tanto, no civil) por la

carga pasivizante y autoritaria que contenía, la nueva época estaría construida por redes comunicativas que sólo existen cuando los sujetos que las activan las quieren (y en este sentido es «*civil*»). En su opinión, los nuevos medios exaltan un espíritu generalizado y permanente de invención continua y acelerada desde la que nace el concepto clave de la ética futura: la inteligencia conectiva. La ética civil estaría en las conexiones de la inteligencia comunicativa. Su paradigma es Internet —más en general, el *cyber space*, el mercado de las redes—, que crece como el sistema nervioso de la sociedad. Sería esta red la que establecería las condiciones, las reglas y los valores de la nueva ética civil.

La ética de otros tiempos era la ética de la difusión desde un centro a una periferia, de la transmisión de valores y reglas mediante «*redes compactas*», con estructuras fijas y rígidas. En el futuro, la ética se va a difundir mediante canales reticulares, ligeros y flexibles como la comunicación que transportan. En este nuevo escenario, el modelo asigna el control —libertad y responsabilidad— no al emisor, sino al usuario de la red. Las nuevas redes convertirían a los consumidores en productores, sería la nueva ética civil del *prosumer* (productor-consumidor).

Siempre según De Kerckhove, el Estado no es ya la autoridad política y moral soberana, sino una estructura de control que debe favorecer el acceso a las redes y restituir la responsabilidad de sus actores. Por este motivo, la nueva ética civil consistiría en la responsabilidad cívica de promover el acceso de las personas a las redes

comunicativas y en proteger la democracia de las redes (libertad de las comunicaciones globales). Internet aparece como el nuevo espacio público, la nueva *res publica*. El rol de Estado sería el de una asociación humana que protege este bien común (la democracia de las redes).

Sin embargo, De Kerckhove minusvalora una serie de hechos. En concreto, que los viejos *media* no han desaparecido; que las nuevas redes contienen asimetrías; que producen nuevos analfabetos (los analfabetos de las nuevas tecnologías); que los *new media* ponen en tela de juicio la cultura literaria, el texto simbólico, y con ello toda la historia que llevamos a nuestras espaldas; que las nuevas redes son el lugar de lo efímero donde desaparece el diálogo, la interacción cara a cara; en resumen, que esta nueva ética corre el riesgo de ser una ética virtual. El autor podría ser acusado de determinismo tecnológico si defendiese la tesis de que las nuevas tecnologías son, en cuanto tales, portadoras y productoras de sentido. Pero no creo que pretenda decir esto. Más bien observa que el desafío está en las cosas. También esto es un producto de la modernidad, producto que no puede ser anulado.

Por tanto, merece la pena tener presente este escenario, que no sólo está hecho de tecnologías, sino de condiciones culturales que definen las posibilidades éticas del próximo futuro. Para que las redes de las que habla De Kerckhove puedan ser el contexto en el que aflore la ética civil del futuro nos debemos preguntar por los sujetos que, con conciencia civil, construyen y gestionan estas redes.

Son necesarios sujetos sociales a fin de que las nuevas tecnologías y redes comunicativas sean instrumentos al servicio de los hombres, y no sofisticadas máquinas que los dominan. La comunidad comunicativa de la que habla este autor podría convertirse en una comunidad puramente virtual, una comunidad que podría alejarnos de nuestra concreta realidad de mundo vital. Por tanto, se plantea un problema de regulación social, más concretamente civil, sabiendo que estas redes pueden encontrar en su interior formas eficaces de regulación. Ninguna autoridad, si no es de forma represiva y por ello inadecuada, podría cerrarlas, especialmente antes de que se conviertan en fuentes de patologías. El *cyber space* tiene necesidad de una sociedad civil para producir ética civil. Ciertamente, el juego es interactivo, es decir, sujetos y *media* se influyen mutuamente. Sirva como ejemplo el impacto de las nuevas tecnologías en las relaciones entre generaciones: la distancia entre los más ancianos y los más jóvenes crece progresivamente, reduciendo lo poco de sociedad civil que preexistía antes de la aparición de las nuevas tecnologías con sus redes. Sin embargo, por otra parte, quien está en situación de dominar las nuevas tecnologías crea nuevos espacios de sociedad civil. Se trata de medios más «*civiles*» que la televisión o la prensa, en cuanto que estos últimos no permiten la interacción, y mucho menos el diálogo, entre emisor y receptor.

Por último, Jeffrey C. Alexander, en su ensayo titulado «La sociedad civil democrática: instituciones y valores», ofrece otro escenario de ética

civil para el ingreso en la época post-moderna. En su opinión, existe una continuidad y discontinuidad con la modernidad. Lo que está en crisis es la ética civil moderna racionalista (es decir, inspirada en la Razón ilustrada), individualista y autocrítica (*self-critical*). Pero, para el discípulo de Parsons, la modernidad contiene otros elementos que emergen con bastante fuerza en la actualidad. Son elementos que caracterizan a la ética civil de fines del segundo milenio como ética en la que aparece otra racionalidad (valorativa, sustancial, ligada al sentido de la persona humana), que se nutre de sociabilidad (reticularidad de las identidades sociales) y da lugar a la autoexpresividad (es *self-expressive*).

Para Alexander, esta nueva ética emerge de los mundos de la vida (*ethical life-worlds*), en los que adquiere consistencia una nueva sociedad civil. Ésta es concebida como una esfera separada, y al mismo tiempo articulada, de la sociedad en su totalidad. La sociedad civil, sostiene este autor, frecuentemente ha sido ignorada porque no se encuentra institucionalizada, o, mejor aún, tiene instituciones que no poseen el mismo grado de formalización que otras instituciones sociales. Su función es producir solidaridad mediante un sistema común de valores culturales compartidos, que expresan la universalidad (al menos aquella accesible en un determinado momento histórico) entre todos los asociados, al margen de sus lealtades particulares. Esta cultura universal solidaria se expresa en dos niveles: como sentido colectivo del nosotros («*nosotros*» como parte

de un todo más amplio), que define las recíprocas obligaciones, y como expectativa compartida por la que todos los individuos que componen una comunidad son considerados al mismo tiempo autónomos y responsables con los otros y consigo mismos.

La ética civil, sostiene el sociólogo americano, contempla la cultura y las instituciones. A nivel cultural se expresa mediante un código simbólico que define las características que todo miembro de la comunidad debe tener en cuanto persona (según distinciones del tipo: leal/desleal, honesto/deshonesto, racional/irracional, capaz/no capaz de autocontrol, solidario/agresivo, etc.). A nivel institucional, la ética civil se manifiesta a través de un código simbólico que define las características que las instituciones deben tener (según distinciones del tipo: sometida a reglas/arbitraria, abierta/cerrada, privada/pública, etc.). Por este motivo, se podría decir que la ética civil es un «*discurso*», y que este discurso es una estructura lingüística (un lenguaje). Como tal, puede someterse a un análisis empírico. Por tanto, en toda cultura es posible definir la «*persona civil*» (según los criterios que la definen como correcta, educada, respetuosa de las leyes y del sentido cívico, etc.) y las «*instituciones civiles*» (por ejemplo, lo son la institución de la función pública —es decir, comportarse en los cargos públicos a partir de un sentido de responsabilidad y de servicio hacia los ciudadanos— y la institución de la elección democrática —que permite escoger para los cargos públicos a los mejores ciudadanos—, etc.).

En cierto sentido, dice Alexander, la

ética civil expresa una utopía: la utopía del hombre civil en cuanto idealmente virtuoso. Sobra decir que las virtudes exaltadas dependen de cada cultura, pero, de cualquier forma, presentan características universales. Por este motivo, Alexander entiende la ética civil como un discurso estrechamente ligado a la religión. La ética civil tiene un núcleo profundamente religioso, y no puede ser de otra manera. También la modernidad ha tenido su religión: la del individuo. Y es precisamente este punto el que actualmente está en crisis.

Según este autor, el discurso de la sociedad civil necesariamente es ambiguo (en cuanto que, al definir a algunos como «*civiles*», excluye a otros como «*no civiles*»), contradictorio (ya que la ética civil crea conflictos y puede trasladar a la guerra) y particularista (desde que generaliza como universales ciertos aspectos que son particulares, como los referentes al género, la raza, las clases sociales, la religión, etc.). La modernidad ha tratado de superar estas ambigüedades y contradicciones, pero no lo ha conseguido. Su ideal civil es aquel del individuo perfectamente libre y autónomo. Pero este ideal se ha derrumbado junto con la crisis de la ideología moderna del progreso. Alexander, tras examinar todas las consecuencias negativas, se abre a lo nuevo. Diseña el nacimiento de otro horizonte.

En su opinión, en la actualidad existe una demanda social de normas éticas, de una nueva moralidad, que marque el fin del cientificismo moderno y positivista. Recordemos que éste, apoyándose en el individuo perfectamente racional, había imagi-

nado poder expulsar a la ética de la ciencia y de todo el campo del obrar social.

El lector podrá seguir sus ricas y documentadas argumentaciones en el texto. Sin embargo, en estos momentos quiero centrarme en la conclusión que Alexander nos plantea: la ética civil siempre es un discurso conflictivo en el que se enfrentan visiones (lenguajes, códigos) particulares que aspiran a la universalidad, pero sin poderla alcanzar de forma definitiva y comprensiva para todos. Sigue estando presente un dualismo, concretamente entre el lenguaje de la ética civil como deseo de liberación y emancipación, y como lenguaje de las limitaciones y de la represión desde arriba. Alexander sostiene que el universal de la ética civil no puede ser pensado o vivido sin el particular. No contempla la relación entre universal y particular.

Por tanto, tomo su conclusión no como perspectiva, sino como advertencia. El lenguaje de la nueva ética civil podría esconder la afirmación de valores y normas particulares (de concretos grupos sociales) como valores y normas universales (válidas para todos). Iluminar esta dialéctica nos previene de una visión dogmática de la ética civil y nos obliga a someter el discurso de la sociedad civil —la ética que se propone— al tribunal de la conciencia personal y al de una ética más elevada, la religiosa, en la que la persona humana es considerada fin y no medio.

Alexander, en consecuencia, debería confluir en el hecho de que la ética civil actualmente significa «*ética humana*». Si lo civil no se identifica

con lo humano de la plena dignidad humana, la vida civil tiene como destino la muerte. Lo humano debe entenderse como valor y norma dotados de cualidad universal a la que todos los miembros de la sociedad pueden acceder, independientemente de sus características adscriptivas.

Como se ha podido comprobar, las tres contribuciones analizadas abren nuevos horizontes. Si bien es cierto, como dice Michael Walzer, que la sociedad civil se construye a partir de la idea de que «*la vida buena está en*

los detalles», también es verdad, como nos recuerdan Koslowski, De Kerckhove y Alexander, que el modo de vivir los detalles depende de la visión que se tiene de la sociedad, precisamente en cuanto civil. No se puede dudar de que, tras la modernidad y el siglo XX, lo civil tiene que interpretarse como momento de la ética universal por encima del juego de las agrupaciones sociales particulares y diferenciadas, pero no sin ellas.

Manuel HERRERA GÓMEZ